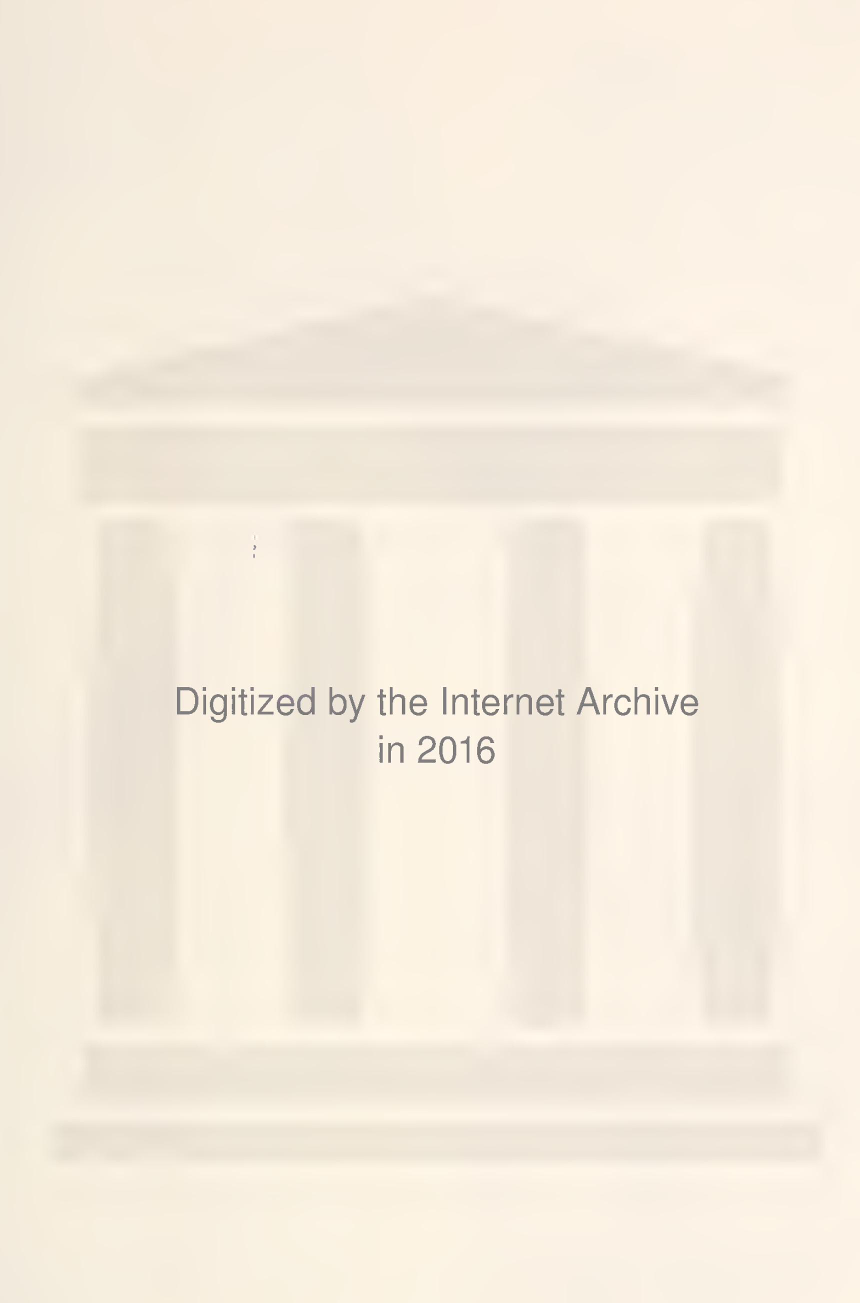




LAP

VENEZUELA MISIONERA

AÑO VII
No. 75
ABRIL
1945
Caracas
Venezuela

¿En un país de Misión? En todos los paises de Misión las Hermanas cuidan de los niños abandonados.



La Lotería de Beneficencia Pública del Distrito Federal

La Junta de Beneficencia del Distrito Federal

La Lotería de Beneficencia Pública del Distrito Federal

La Novela de un Misionero

Por G. SAGEHOMME S. J.

(Continuación)

Y no era aquello indiferencia natural: a veces se sentía herido por alguna palabra demasiado viva, exasperado por exigencias y pretensiones que pasaban la raya. Entonces, excusándose en breves palabras, se alejaba, subía a su habitación, se ponía de pie delante del crucifijo; durante algunos segundos contemplaba a aquel Dios humillado por la salvación de los hombres, y volvía a bajar en seguida, sereno, con el rostro sonriente, sin que nadie pudiese sospechar siquiera qué tempestad acababa de combatir su alma.

* * *

Cuando Carlos se alejaba de Profondeville, aquello era una desolación: pero le precisaba corresponder a algunas invitaciones apremiantes.

Pasó algún tiempo en el castillo de Tailfer, en casa de la señora de Foy-Luce; su estancia allí causó en todos viva alegría: en la joven baronesa, que se regocijaba de encontrar en su huésped un oyente benévolo y pronto siempre a responder; en Juana, que parecía perder algo de su timidez frente a aquel muchacho tan alegre y nada vanidoso; en los criados mismos, cuyos bolsillos proveía Carlos de Louergue con generosidad y a los que su benévola sencillez llenaba de placer.

Carlos permaneció también algún tiempo en Hastiére, en casa de Louverois; profesaba a su padrino un vivo cariño, aunque mezclado de algo de temor. Ese incrédulo de palabra agresiva muchas veces y siempre ardorosa, pero de

corazón de oro sin embargo, le causaba una especie de simpatía desconfiada; porque sabía que era bueno, pero se sentía débil frente aquel espíritu razonador cuyos sofismas adivinaba.

Así que los días que allí pasaba le eran al mismo tiempo agradables y penosos: atendido, halagado, mimado hasta el exceso por su padrino, Carlos, a quien no disgustaba la buena mesa, la cama muelle y la vida fácil, se sentía feliz en Hastiére. Pero muy pronto se entablaban las discusiones:

—¿No es buena tu cama? —preguntaba Louverois.

—Sí, padrino, sí.

—Entonces, ¿por qué te levantas tan temprano?

—Para ir a misa.

Louverois, impaciente, se encogía de hombros.

—¿Qué necesidad tienes de ello?—proseguía.

—Es muy útil, en todo caso, y no querría dejar de asistir a ella ni un solo día.

Entonces el incrédulo comenzaba su diatriba: sin atreverse a atacar de frente las prácticas religiosas, reprobaba lo que él llamaba "la demasía del culto": hacer lo que se debe, lo que uno cree que está obligado a hacer, está bien; hacer más, es demasiado, es recargar la vida de obligaciones enojosas e inútiles, es falsear la conciencia.

El joven respondía:

—Yo bien sé aquello a que estoy estrictamente obligado; pero voy más allá libre y espontáneamente, porque creo que jamás nos acercamos demasiado a Dios.

Louverois, entonces, especiosamente, con palabras altisonantes y vagas, de sentido poco preciso, argumentaba hasta perderse de vista, y Carlos cansado de la lucha, callaba.

—Ya ves, estás en un error —concluía el sofista.

Carlos sufría con aquellas luchas infecundas y, a pesar del cariño real que profesaba a su padrino, veía acercarse con alegría el fin de su permanencia en Hastiére.

Desde el mes de setiembre se vió invitado de acá y de allá para algunas cacerías de conejos en la selva de Lor-

moir, abundante en caza. En aquellas partidas daba muestras de una gran sangre fría y de una maravillosa destreza. Infatigable en la marcha, jinete intrépido, charlatán encantador, era el alma de las más alegres reuniones. Pero al tiempo de la oración se mostraba recogido, serio, fervoroso; no toleraba jamás la menor palabra ligera, y cualquier ataque contra la religión, por encubierto que fuese, le encontraba siempre listo para la defensa.

—¡Qué muchacho tan completo! —se oía murmurar a su alrededor.

Y más de un castellano de los aledaños, participaba de los sueños de la señora de Foy-Luce, que desde hacía algún tiempo aspiraba a tener como yerno a aquel perfecto joven.

Pero sus hermanos y sus hermanas lo reclamaban a porfía:

—¡Vuelve pronto! —le escribía Adrián a la izquierda de una tarjeta postal—: nos aburrimos aquí sin ti.

Y todos y todas firmaban aquel llamamiento desesperado.

Así que Carlos, tan amante como amado, se apresuraba a volver, y entonces los días transcurrían en una felicidad perfecta y tranquila, lo que hacía exclamar a Louverois, visitante asiduo y pesimista incorregible.

—Sois demasiado felices; ¡cuidado con la catástrofe!

* * *

Todos los sábados, después del almuerzo, Carlos salía sólo en su automóvil hacia Namur. En la calle de Ternath, delante del colegio de los Padres Jerónimos, situado en frente de la oficina de Louergue, apagaba el motor, entraba en el pórtico del colegio, y dirigiéndose al Hermano Hilario, el alegre y rubicundo portero que acechaba a los visitantes detrás de la ventanilla entreabierta, preguntaba:

—¿Está el padre Ambrosio?

Generalmente el Hermano Hilario respondía afirmativamente, pues el buen P. Ambrosio, anciano de ochenta años, apenas salía.

Carlos torcía hacia la izquierda por un estrecho y sombrío corredor, subía al primer piso, penetraba en un pequeño pasillo y tocaba a una puerta baja. Una voz ya cascada respondía:

—¡Adelante!

Y luego, aún antes de que el visitante se mostrase, añadía:

—¡Es Carlos, de seguro!

El joven entraba, y el Padre exclamaba gozoso:

—¡Ves, nunca me engaño!; ya conozco tus pasos. ¡Entra, Carlos, y siéntate; ya sabes que siempre eres bienvenido!

Charlaban de unas cosas y otras, nunca por mucho tiempo; muy pronto comenzaba la conversación íntima, reconfortante, de corazón a corazón, en la que el santo y dulce anciano escuchaba las confidencias juveniles y derramaba en el alma ardiente y sensible del joven el buen consejo, el valor, el deseo de una perfección siempre mayor.

Estas visitas databan de muy lejos; muy joven todavía, Carlos había tomado por director y confidente al P. Ambrosio, cuya dulce y ardiente palabra le había siempre entusiasmado. Durante todos sus estudios de humanidades fué fiel a las citas de los sábados: salía de ellas siempre mejor y dejaba al P. Ambrosio consolado con el espectáculo de esa virtud naciente.

Un día el Padre se quedó perplejo. En las vacaciones que siguieron a los estudios de retórica de Carlos, el joven, después de muchas circunlocuciones oratorias, acabó por confesar que desde hacía mucho tiempo, un deseo le llenaba el corazón:

—Deseo..., —dijo entrecortado—, deseo ardientemente partir a países lejanos como misionero.

El P. Ambrosio se sintió sobrecogido de una inmensa admiración: no precisamente, a Dios gracias, que no comprendiese cuán grande y sublime es la vocación del apóstol; él mismo, en su

juventud, había pedido, sin obtenerla, la gracia de ir a evangelizar a los infieles. ¡Pero que Carlos, aquel hijo mimado de una madre admirable, aquel niño que hacía las alegrías de toda una familia, aquel favorito de la fortuna, educado en las dulzuras y las comodidades del lujo, partiera allá lejos, muy lejos, abandonando aquella existencia que Dios le hacía tan dulce! Jamás al P. Ambrosio se le había ocurrido que aquello fuese posible.

El anciano sacerdote, ante aquella confidencia inesperada, permaneció por algún tiempo silencioso:

—Hijo mio —dijo por fin—, desconfía, teme ser el juguete de una exaltación pasajera, que el tiempo vendría muy pronto a trocar en hastío...

Carlos replicó:

—Hace largo tiempo que este es mi deseo: lo he madurado en silencio, sin atreverme a decírselo ni aún a usted.

Pero el P. Ambrosio no quiso oir más: queria probar la solidez de aquella vocación de la que se sentía en parte responsable.

—Reflexiona —le ordenó— y no me vuelvas a hablar de eso antes de tres o cuatro meses.

Carlos obedeció y comenzó sus estudios universitarios; pero en el ardor bullicioso de la vida estudiantil, el deseo del apostolado le seguía siempre vivo y cada día más ardiente. Sin cesar veia en espíritu a esos pueblos lejanos privados de toda palabra de salvación, que no conocían a Dios ni a su iglesia, ciegos involuntarios, a quienes nadie iba a llevar la luz; y él hubiera querido, sin tardanza, correr en su ayuda.

Durante las vacaciones siguientes, nuevas instancias al P. Ambrosio; pero el buen anciano no se había aún convencido: temiendo que su discípulo fuese victima de una ilusión, muy lejos de empujarle por la nueva vía, le retenía, le exhortaba a reflexionar, dejando para más tarde toda discusión profunda.

—Todavía eres un niño —le decía— trataremos de ahondar en eso cuando tengas algunos pelos en la barba.

Los pelos habían aparecido ya, no muy apetados ni fuertes, pero visibles,

sin embargo, y las ideas de Carlos no cambiaban; echaban, por el contrario, cada día más raíces en su espíritu y en su corazón. Carlos sufría:

—¡Todo este tiempo me parece perdido —decía a su anciano maestro—; todas estas alegrías, estos pedacitos de placer, me parecen tan frívolos, tan vacíos! Siento remordimiento de estar robando al apostolado cada uno de mis días... Bendiga, se lo ruego, mi resolución. Considere, Padre mío, que nada natural me atrae: nadie ha provocado jamás en mí estos pensamientos; dejar a los míos me causará una pena indecible, ¡bien sabe usted cuánto los amo!... Y sin embargo, se lo juro, si los tuviera que dejar cien veces más todavía, los dejaría, con lágrimas pero con alegría, porque Dios me llama, porque yo no podría jamás ser feliz sino escuchando su voz poderosa, ¡porque amo a Dios más que a todo el mundo!

Estas conmovidas palabras herían el corazón del P. Ambrosio, le forzaban a admitir que el llamamiento era verdadero, cierta la vocación; pero aún ponía objeciones:

—Tus padres —le decía— tienen necesidad de tu presencia, de tu cariño.

—Pero, Padre mío, ¿tiene usted en nada a mis hermanas y a mis dos hermanos? ¡No es eso muy halagador para ellos!

—Tu salud...

—Resistirá todos los asaltos; ¿me ha visto usted alguna vez enfermo?

—¿Y vas a partir solo, como misionero aislado?

—No, Padre, entraría en su Orden, y después de haber hecho mi noviciado y mis estudios, partiría ¡con cuánto gozo! para una misión cualquiera, para el Congo, si es posible.

El P. Ambrosio callaba, buscando nuevas razones para combatir o aparentar combatir, conforme creía ser su deber, una resolución que en realidad le llena-

ba de admiración y de alegría. Así, pues, objetó aún:

—Se nos acusará a nosotros, tus antiguos maestros, de haberte atraído, engañado, ¡qué sé yo!

Carlos se echó a reír:

—¡Oh! —repuso—; ahí estaré yo para afirmar lo contrario: ¡hace meses y meses que usted me rechaza enérgicamente, que trata mis deseos de ilusión, de niñería!

—No se dará crédito a tus negaciones...

—¡Tanto peor!, pero, y ¿qué hombres seríamos, entonces, si nos detuviéramos ante la opinión tonta y preconcebida de algunos charlatanes de profesión? Se les dice una vez de buena fe la verdad, para tranquilidad de conciencia, y después se pasa por sobre su cuerpo, como lo hizo ayer mi auto sobre una gallina: que por cierto tuve que pagar.

El P. Ambrosio se vió definitivamente reducido al silencio, y aquel último sábado del mes de agosto, forzado en su

trinchera por una vigorosa acometida de Carlos, dió por fin su "fiat", hágase, con gozo, pero con temor, previendo de antemano los combates a que enviaba a su discípulo.

—No tema usted —dijo Carlos con entereza—, ¡Dios está conmigo!

Y gozoso de haber al fin salvado aquel primer obstáculo, volvió a hacer al P. Ambrosio la narración de su ya lejana vocación.

Muy joven aún, el pensamiento de que seres humanos yacían en la ignorancia de la ley evangélica, le ponía triste y turbaba profundamente su alma. Un día había leído aquella frase del Evangelio:

"La mies es mucha y pocos los obreros".

Aquellas palabras le habían atravesado el corazón, como un reproche del Maestro dirigido a aquellos que, por egoísmo, rehusan hacerse apóstoles. Inmediatamente él se había ofrecido y había dicho:

—Tomadme, Señor, como vuestro obrero, si me juzgáis digno.

Esta oración, esta ofrenda, la repetía todos los días, desde hacía muchos años, con un fervor cada día creciente.

Más tarde había oído las bajas injurias proferidas contra los misioneros por hombres incapaces de comprender el desinterés y la grandeza de alma, y esos insultos le habían encendido en el corazón un entusiasmo nuevo: era él de aquellos que cuando ven la bandera acribillada de balas, instintivamente corren hacia ella para defenderla o morir.

En el silencio de su juventud pura y tranquila, su deseo de apostolado había crecido, crecido siempre; para permanecer digno de esta vocación sublime, había rechazado con energía las vulgares y envilecedoras tentaciones en que tantos sucumben; para llegar a ser un instrumento apto en las manos de Dios, había adornado su espíritu y formado su inteligencia por medio de un estudio constante. Y ahora, en la plenitud de una voluntad reflexiva, previendo, sin temerlas, las dificultades que tendría que vencer, radiante de fe y de entusiasmo, estaba de pie en el umbral del edén encantador que prometía ser su vida, y él, volviendo las espaldas, sin debilidades, iba a la cruz, al dolor, a la muerte, por el servicio de Dios y la salvación de las almas.

IV

AFECTOS ENCONTRADOS

En la mañana de un hermoso domingo lleno de sol, después del almuerzo, Carlos ofreció el brazo a su madre y le dijo muy bajo:

—¿Quieres venir a dar un paseo pro el parque?

Ella se sobresaltó, cerró por un momentos los ojos, para recogerse delante de Dios, porque sentía llegar la hora de la prueba; pero en seguida respondió, dando un sentido profundo a sus palabras:

—Vamos, Carlos, me dejaré llevar.

(Pasa a la pág. 43)

VENEZUELA MISIONERA



REVISTA MENSUAL
ILUSTRADA
CON APROBACION ECLESIASTICA
Y DE LA ORDEN
SUSCRICION ANUAL: BS. 5
PARA EL EXTRANJERO: $ 2

DIRECCION
Y
ADMINISTRACION
PP. CAPUCHINOS — LA MERCED
APARTADO 261 — TELEFONO 3562
CARACAS—VENEZUELA

AÑO VII — ABRIL DE 1945 — Nº 75

Estampa Misional del Mes



FIDEL de Sigmaringa es su nombre. Es el Protomártir de la Sda. Congregación de Propaganda Fide; es un gran modelo de Misionero. En la Orden Capuchina brilla con fulgores celestiales, en las historia de las misiones ocupa un lugar eminente, en el cielo de la Iglesia es un sol de vivos resplandores. Por sus venas corre sangre de la nobleza. Estudia mucho, hace grandes penitencias, se gradúa de abogado en la Universidad de Friburgo de Brisgovia; después abrió su bufete en Ensisheim. Teme perder su alma en el ejercicio de su profesión y se hace Capuchino. Ordenado de sacerdote, se lanza a predicar en un terreno árido, pedregoso, sembrado, pero sembrado de la cizña protestante. Por allí han pásado las doctrinas de Lutero, Zwinglio, Calvino. No importa; él está mejor preparado para hablar a un auditorio compuesto de católicos y de herejes; para unos y para otros su palabra es clara y precisa. Los mismos herejes aseguran "no haber oído un predicador más piadoso y atrayente". El 14 de enero se inicia la Congregación de Propaganda Fide; el 22 de junio quedaba definitivamente establecida, para la difusión del Evangelio por todo el orbe, especialmente en países de infieles. Apenas fundada, los Cardenales que formaban parte de ella, tomaron el más grande interés para enviar misioneros a los países infectados por el Protestantismo. El P. Fidel es el Prefecto de esta primera misión. Penetró en el Cantón de los Grisones, entró en la Ciudad de Seewis; sus sermones alarmaron desde un principio a los protestantes. El 24 de abril fué invitado a predicar. Al subir al púlpito encontró la sentencia de muerte: "Hoy predicarás; pero este será tu último sermón". No obstante predicó. De pronto una bala se dirige hacia él. Ante el disparo se arma el gran revuelo en la iglesia. El P. Fidel baja sereno del púlpito; los protestantes se avanzan sobre él, con mazas y espadas lo remataron. Era el 24 de abril de 1622. Es el Protomártir de Propaganda Fide.

MISSIONARIUS.

El Problema Misional

Las palabras de Jesucristo en la hermosísima oración del Padre nuestro, cada día se están convirtiendo en la más dulce realidad: Entre otras peticiones dirige aquella: "Venga a nos tu reino".

La difusión del reinado de Cristo sobre la tierra y por el mundo entero; el conocimiento del verdadero y único Dios, es el gran problema que Jesús vino a establecer y a resolver en medio de los hombres, siendo El mismo quien dio los primeros pasos y puso los fundamentos de esta obra grandiosa con su apostolado, encargando a los apóstoles y discípulos que continuasen la empresa entre las almas todas hasta la consumación de los siglos.

"Como el Padre me ha enviado, así os envío a vosotros. Ite: Id. . ." Y los apóstoles y discípulos, obedeciendo a este imperativo sagrado, se lanzaron por todas partes con el corazón lleno de aspiraciones y el alma repleta de santo optimismo.

Así en los primeros días del cristianismo; así en los siglos siguientes, y así en nuestros días por medio de los misioneros. Unos y otros han podido y pueden repetir las palabras de San Pablo: "Charitas Christi urget nos: *La caridad de Cristo nos mueve, nos estimula y nos apremia a trabajar por el bien de las almas, para que Cristo sea conocido, amado y honrado en todo el mundo.*

Ese admirable ejército, que está dando la batalla contra el error, la ignorancia y el salvajismo, marcha decidido y resuelto bajo las órdenes del Supremo Jerarca de la Iglesia, a la conquista del mundo pagano, animado de los mismos sublimes sentimientos y lleno de los grandiosos ideales de trabajar. Esta es la historia de veinte siglos de vida misional en la Iglesia Católica: Trabajar decidida y heróicamente por la dilatación del reino de Dios.

Y los pueblos gentiles de todos los tiempos han sabido corresponder a estos trabajos de los Misioneros católicos, pues unos tras otros se han llegado a los pies de Cristo, para aceptar sus enseñanzas, recibir su bautismo y cumplir su ley moral.

Y ¿cual es en la actualidad la situación de las Misiones Católicas? ¿qué empresas tienen entre manos y cuál será el resultado positivamente prácti-

co de todos sus esfuerzos? La respuesta a estas preguntas nos la da el P. Manna, viejo y experimentado misionero, al decir: "Así como Europa fecundada por esta civilización cristiana llegó a ser lo que el mundo no hubiera sospechado jamás, del mismo modo Africa, Asia y Oceanía verán un día levantarse, mediante el apostolado católico, en lugar de sus falsas religiones y de su abyección moral, una religión de paz y caridad y una sociedad fundada sobre la justicia, la libertad y el trabajo".

Y de que esto sea así tenemos fundadas esperanzas, dada la admirable organización con que hoy cuentan nuestras misiones y la ayuda cada día más eficaz que les presta el pueblo creyente quien no mira con indiferencia un asunto de tanta importancia en la historia actual de la Iglesia, sino más bien, lo ha hecho suyo, y como a tal lo ayuda, lo protege y se empeña en salir adelante con él.

El mundo católico hoy día se organiza en el sentido misional, sirviendo de retaguardia al ejército de misioneros, que en la vanguardia trabajan. Muy acertadamente ha escrito otro gran misionero de nuestros días, el franciscano P. Silvestri: "Si el mundo cristiano se organiza misionalmente, es decir, si se prepara a ayudar con la oración, la limosna y el fomento de las vocaciones apostólicas como quiere el Papa y es su deber, hemos de asistir ciertamente a grandes acontecimientos respecto a conversiones entre los pueblos paganos, cismáticos y herejes. Me atrevo a afirmar que nuestro siglo ha de ser el verdadero siglo de oro del apostolado". Estas afirmaciones que el misionero-escritor estampaba hace varios años, han tenido y están teniendo su realidad consoladora hoy día, después de las dos grandes Encíclicas lanzadas por los Pontífices Benedicto XV y Pío XI, y de la intensa labor desplegada por el clero en favor de las misiones.

Es muy doloroso ver hoy día que ese movimiento ascendente haya tenido una interrupción a causa del estado anormal del mundo, y más doloroso ver la indiferencia de algunos católicos, quienes miran estos asuntos y este movimiento misional ajeno a sus trabajos y actividades, creyendo que poco o nada están obligados a hacer en este sentido, por la razón, especiosa y falsa de que dedican sus energías a otras actividades y tratan de remediar otras necesidades que se encuentran dentro del pueblo creyente.

Las necesidades del pueblo fiel y el abandono en que se encuentran muchas almas, no ha de ser motivo ni razón para desatender al asunto de las misiones, ya que la caridad cristiana siendo como es ilimitada se ingenia para atender a lo uno sin abandonar lo otro.

Es, pues, un deber de todos los católicos, eclesiásticos y seglares, ayudar eficaz y poderosamente a las misiones. El problema misional en nuestros días ha de ser solucionado no ya tan sólo por los abnegados apóstoles del

Evangelio, sino también por todos cuantos aman a Cristo, como en repetidas ocasiones lo han dicho los Romanos Pontífices. Y por no multiplicar las citas, basta que recordemos las palabras solemnes de Pío XI, cuando declara en su Encíclica sobre el desenvolvimiento de las misiones: "Nuestro deber de caridad para con Dios exige, en efecto, no sólo que aumentemos con todas nuestras fuerzas el número de los que le conocen y adoran "en espíritu y en verdad", sino también que sometamos el mayor número posible de almas al imperio de nuestro muy amado Salvador, a fin de que su sangre tenga una utilidad mayor y agrademos a Aquel a quien nada agrada tanto como la salud de las almas y su acceso al conocimiento de la verdad".

El lema de Benedicto XV, "todos los fieles para todos los infieles" ha de ponerse en práctica hoy más que nunca y debe ser la consigna en todos los pueblos, en todas las parroquias, en todos los colegios y en todos los seminarios. De ese modo todos contribuiremos a la difusión del reinado de Cristo; así todos podremos ostentar el glorioso nombre de Misioneros.

FR. ANTONINO Mª. DE MADRIDANOS

O. F. M. CAP.

Del Vicariato de Machiques

ES CONSAGRADO OBISPO EL PRIMER VICARIO APOSTOLICO DE MACHIQUES, MONS. FRAY ANGEL TURRADO MORENO, Y TOMA POSESION DEL VICARIATO

Por circunstancias ajenas a nuestra voluntad, han pasado los días sin haber podido dar a conocer a los lectores de "VENEZUELA MISIONERA" los actos solemnísimos de la Consagración episcopal del Excmo. Señor Fray Angel Turrado Moreno, Obispo Titular de Asso, y su entrada en el nuevo Vicariato de Machiques (Goajira y Perijá).

LA CONSAGRACION tuvo lugar en la grandiosa Basílica de Nuestra Señora de Chiquinquirá, de la popularísima ciudad de Maracaibo.

Tal suceso, el primero de esta clase que contemplaba con admiración el católico pueblo marabino, enardeció el espíritu y exaltó el entusiasmo de todos de manera indescriptible. Así es que el día 17 del pasado diciembre, a las 8 a. m., un desfile imponente llenaba las calles que desde la iglesia de El Convento (Padres Capuchinos), conducen a la Basílica de Chiquinquirá, acompañando al Excmo. señor Angel Turrado, cuyos hábitos prelaticios habían transformado al humilde hijo de San Frencisco en la atrayente y amable figura del Pastor Pontífice. A su derecha destacábase el Excmo. Mons. José Misuraca, Nuncio Apostólico en Venezuela, quien bondadosamente se había ofrecido como obispo Consagrante; a su izquierda los Excmos. Monseñores Marcos Sergio Godoy, Obispo del Zulia, y Constantino Gómez Villa, Obispo Capuchino y Vicario Apostólico del Caroní. Numerosa concurrencia del Clero Secular y Regular, entre la que se encontraban muchos hermanos de hábito del nuevo Obispo Capuchino, llegados de distintas partes de la República; Religiosas de distintos hábitos; representaciones de las Autoridades civiles; Congregaciones piadosas, Colegios, y todo el pueblo, a los acordes de la Banda del Estado, llegaron a la Basílica de la Chiquinquirá, cuyas naves fueron insuficientes para contener a todos, que de cerca querían presenciar tan inusitado acontecimiento.

Dos horas duraron las ceremonias religiosas, durante las cuales, a pesar del calor peculiar de esta tierra, los fieles permanecieron de pie, sobrecogidos de emoción por la solemnidad y el misterio que para ellos encerraba cada una de las ceremonias, y pendientes de la explicación sencilla, que con verdadero arte supo hacer de todo el R. P. Izaguirre, S, J. a través del micrófono.

En tan solemne y religioso acto fueron Padrinos de honor del nuevo Prelado: el Dr. Héctor Cuenca, Presidente del Estado Zulia, de gran personalidad política, y su señora esposa; Dn. Joaquín Mac Gregor y señora Rosarito de Mac Gregor, insigne bienhechores y grandes amigos de la Orden Capuchina; y el Dr. Jesús R. Amado y señora Dora de Amado, quienes con generoso y laudable desprendimiento, transfor-

maron sus alhajas en valiosísimo y precioso Pectoral para su venerable ahijado, como recuerdo de este memorable día de su Consagración Episcopal.

A las 2 p. m. obsequió el nuevo Obispo a sus ilustres y distinguidos invitados con un muy bien presentado banquete, en el Colegio de los Rdos. Hermanos Maristas, con la simpática nota de haber sido servido por un selecto grupo de damas perijaneras, hijas de la tierra misional, encomendada a los cuidados apostólicos del recién consagrado Obispo.

SU ENTRADA EN EL VICARIATO — Otro acto grandioso que no debemos silenciar, fué la entrada de Monseñor Turrado M. en su Vicariato.

En horas de la mañana del día 24 de diciembre una comisión de caballeros, presidida por el R. P. Lorenzo de Tejerina, (quien en nombre de Monseñor había tomado ya posesión del Vicariato), juntamente con el ciudadano Gobernador del Distrito Perijá, y otras personalidades, salieron de Machiques, capital del Distrito; úneseles, a su paso por la Villa del Rosario, otra representación de las Autoriadades y pueblo de esta población, dirigiéndose todos al puente, donde el río "El Palmar" corta la carretera, y marca la línea divisoria entre el Vicariato y la Diócesis del Zulia.

Breves momentos después llegaba al mismo lugar Monseñor Turrado, acompañado de sus Padrinos, varios Padres Capuchinos, Hermanos Maristas, algunas Religiosas de Santa Ana y gran número de persons amigas. Un arco levantado con exquisito arte y con simbolismos apropiados indicaba el punto preciso de la tierra que Dios había confiado a los cuidados pastorales del nuevo Prelado. Allí recibió el primer saludo filial de su grey, dándole la bienvenida, en nombre de todos, el Dr. Rincón, médico de la población de Machiques, quien en frases muy expresivas hizo resaltar el entusiasmo y el contento general por su venida. Formóse a continuación un hermoso desfile de señores que, al lado del automóvil en que iba Monseñor, marchaban en escogidos caballos, siguiendo su paso otros autos y varias camionetas que habían llegado con tal fin. A la entrada de La Villa del Rosario esperaba ya la multitud de fieles de la Parroquia, luciendo gran número de estandartes e insignias de las distintas Asociaciones religiosas. Desde aquí, Monseñor, a pie y acompañado de todos, se dirige al templo, a cuya entrada un joven pronunció muy bellas palabras de homenaje al nuevo Prelado de esta Misión. Dentro de la iglesia, después de alabar a Dios con el canto del Te Deum, expresa Monseñor a todos su gratitud y les imparte la bendición pastoral, dejando espiritualmente impresionado el ánimo de los buenos hijos de la Parroquia del Rosario.

Más de cuarenta kilómetros les separaban todavía del término de su viaje, y como la hora de la llegada se podía retardar, pónese la comitiva inmediatamente en camino para Machiques, Sede del nuevo Vicariato Apostólico, en donde le esperaba todo el pueblo, con el R. P. Dionisio de Barajores, Misionero Capuchino. Las casas lucían banderas y en las calles se habían levantado arcos, y nuevamente Monseñor, a su llegado hubo de escuchar emocionados discursos y entusiastas vivas, coreados por la multitud, que acompañaba hasta el templo a su Obispo y Pastor, llevado bajo Palio. Se dieron gracias al Todopoderoso con un solemne Te Deum y Su Excelencia Reverendísima, en muy sentidas y emocionantes palabras, expresó su gratitud al pueblo que con tales muestras de afecto filial lo había recibido.

Más tarde, en la casa preparada para Palacio Episcopal, fueron obsequiados con un banquete distinguidas personalidades de la localidad y cuantas habían acompañado a Monseñor desde Maracaibo.

Terminamos nuestra sencilla reseña con un aplauso para todos los perijaneros por lo bien que han sabido significar a su querido Prelado y Pastor la acendrada fe de sus corazones, que con espíritu apostólico cultivaron en otros tiempos los hijos del humilde Serafín de Asís.

Todo sea en labranza de Nuestro Señor Jesucristo y de Nuestra Madre Divina Pastora de las almas, Patrona de las Misiones Capuchinas.

Machiques, enero de 1945.

FR. ISAAC DE MONDREGANES

MISIONERO CAPUCHINO



Futura Catedral de Machiques, en construcción.



—::—

III

EL DOCTOR O PIACHE DE LOS INDIOS

Quien ha oído hablar de indios, seguramente habrá oído hablar también de sus PIACHES o PAISANES. Ellos llevan la borla de dotor, y como médicos, curan a los enfermos, recibiendo con justicia los honorarios. Y bien ganados los tienen, pues eso de pasarse dos o tres noches, como Don Quijote de claro en claro, cantando al lado del enfermo, lo consideran estos indígenas como buen trabajo muy digno de recompensa. Me decía un indio que tenía ya sus ribetes de civilizado: Por ponerme el oculista un cristal delante de los ojos, darme un colirio y decir que no tenía nada me sopló Bs. 15. Más trabajan nuestros piaches; pues... si piden, hay que pagarles. Nosotros, me decía otro indígena que chapurreaba el español, tenemos nuestro DOTOL, y cuando nos enfermamos, llamamos a nuestro DOTOL.

COMO SE DOCTORAN LOS PIACHES

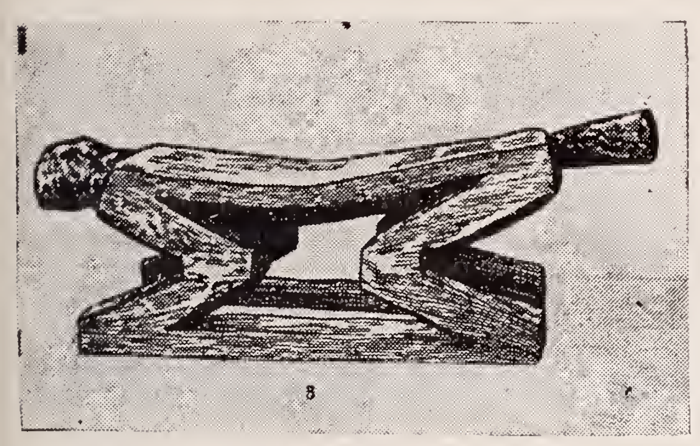
Para poder llegar a ser piache necesitan cumplir ciertos requisitos. En primer lugar tienen que conseguir unas piedrecitas de cristal de roca o de jaspe, en donde están metidos los mavaritones, que causan las enfermedades, los que salen de los enfermos al conjuro de los piaches. Estos los hacen huir soplando con el humo del tabaco. Estas piedrecitas las cargan siempre consigo los piaches.

El piache ha de tener resistente garganta y buena voz, puesto que ha de pasarse noches enteras cantando, gritando, no de una manera suave, sino muy fuertemente. Para conseguir una voz fuerte tienen un procedimiento muy original: Toman un hilo muy largo; introducen un extremo por la nariz y lo sacan por la boca. Uno de los indios, que sin duda es quien da el grado, va tirando poco a poco del hilo; después lo suben por la cumbrera de la casa, y tira y tira, cual si

fuese una polea. Mientras el hilo va pasando, el indio que con eso se doctora, no cesa de cantar. En el último extremo del hilo va amarrada una hierba cortante, que le saja la nariz, lo que naturalmente le hace derramar sangre en abundancia. El hilo que introducen por la nariz se llama Uey chipu.

Tienen también otro procedimiento con el fin de adquirir buena voz, y sin duda para acostumbrarse al mareo que produce el tabaco fumado o mascado. Al que se gradua le hacen tomar una infusión de agua de tabaco con otra de yagrumo; se colocan en la parte más elevada de un gran salto de agua o cascada, y desde allí lo vomitan todo, con lo que va a mezclarse con la precipitada y estruendosa corriente de las aguas. Con estas pruebas ya puede ejercer el piache su profesión.

MODO DE CURAR



Murey o banquito que usan los piaches.

El piache con sus piedrecitas, donde están encerrados algunos mavaritones, se sienta en el murey, un banquito de forma de morrocoy o del kasamarava, que es algo mayor. Fuma tabaco fuerte con el cachimbo o pipa, y luego sopla sobre las piedrecitas para que salgan los mavaritones. Toma por la boca y por la nariz una infusión de agua de tabaco, y así, ya inspirado, o mejor, atontado para decir disparates, empieza el canto, y mientras canta hace ruidos con unas ramas que tiene en la mano. Después de haber cantado unos tres cantos, que son como invocación o llamamiento a los maravitones, cesa el ruido de las ramas. Desde entonces ya no es el piache el que canta; es el murey y son los mavaritones, unas veces unos, y otras veces otros; pues unos vienen y otros se van, y cada uno canta su canción.

QUE SE HACE DEL PIACHE

El cuerpo del piache queda adormecido y mientras tanto el alma se va por los cerros, que son la morada de los mavaritones, quienes

precisamente lo enfermaron al indio; porque al pasar este por cerca de los cerros y sentirse con hambre, los mavaritones le dieron de comer y lo enfermaron, y por eso ellos saben la causa de la enfermedad, y son quienes pueden curarlo. A eso va el alma del piache por los cerros, a averiguar y a hacer que los mavaritones lleven el alma del enfermo, para que éste sane. Algunos mavaritones llevan el arma para la casa del enfermo; pero ella como que aborrece el cuerpo y no quiere entrar dentro, por lo que se vuelve a los cerros de nuevo. Vuelven a traerla una y muchas veces, hasta que, forzada por los mavaritones, entra en el cuerpo y entonces el enfermo sana. Mientras el piache trata de curar, quien hace abierta oposición es el kanaima, *quien trata de dar muerte al indio enfermo. Por eso la mayor y más difícil lucha que han de sostener tanto el piache como los mavaritones es para apartar lejos al kanaima. Pero si el kanaima es más poderoso que ellos, irremisiblemente el enfermo muere. En este caso, no dicen que murió el enfermo, sino que lo mató kanaima.*

TIEMPO, LUGAR Y DURACION DE LAS CURACIONES

El tiempo más adecuado es la noche. Los mavaritones aman la oscuridad y sólo acuden a la oscuridad; por eso es muy peligroso encender una luz, cuando están en la cura del enfermo, porque mavarí *se pone bravo y no cura. Nunca se le ocurrirá a un indio encender luz mientras el piache está en sus piacherías. En alguna ocasión yo he encendido mi linterna, y aunque les he dado un buen susto de padre y señor mío y se han puesto bravos conmigo, no por eso el enfermo ha empeorado. El lugar, es la misma casa donde está el enfermo, bien cerrada, para que si la luna está clara no entre un solo rayo de luz. Los mismos fogones, que es lo más sagrado que tienen los indios, han de estar también apagados. La duración suele ser desde que oscurece hasta que amanece.*

AYUDANTES DEL PIACHE

A estas curaciones, según ellos, suelen acudir las almas de los abuelos y otros parientes, ya difuntos, para ayudar al piache con sus buenos consejos. Todo se hace, como acabo de indicar arriba, en medio de la más completa oscuridad, y como las tinieblas son madre y maestra de los más grandes embustes, de ahí que los piaches hacen

creer a los indios lo increíble. Con diversos tonos de voz y como los ventrílocuos, hacen creer a los presentes que las almas de sus finados unas veces están lejos, otras cerca; que se van elevando, que descienden poco a poco, que entablan conversaciones con los mavaritones, con el alma de los enfermos, y con las almas de los parientes finados. Algunas veces es ayudado el piasán por su propia mujer o por algún otro, que está médio graduado en la ciencia de la piachería

(Continuará)

FR. EULOGIO DE VILLARRIN

MISIONERO CAPUCHINO



MISIONES SALESIANAS DEL ALTO ORINOCO

RAFAELITO

Dice nuestro Divino Salvador, que por los frutos se conoce el árbol, y por las obras a los hombres. Y por estos frutos y obras, que a mí se me antojan como otros tantos actos o pétalos de una nueva flor, vamos a conocer a un ex alumno del Asilo Pío XI, al que llamaremos Rafaelito, o una nueva flor silvestre.

PETALO DE PIEDAD

A Rafaelito le encanta la vida de Jesús; pero sobre todo le embelesan las páginas que se refieren a Jesús Eucaristía. No en vano ha comulgado todos los días durante los tres años de permanencia en el Asilo. El sabe que Jesús está en la Hostia Santa; que Jesús piensa en él. Sabe que, al instituir el Sacramento del Amor hace más de mil años, pensó ya en él; que le preparó millares de Hostias desde entonces,y ahora va con mucho fervor a comulgar. Si se le preguntase: ¿A dónde vas? Respondería: Voy a buscar la Hostia que Jesús me preparó hace casi dos mil años. Evidentemente, no quiere perder ninguna de estas hostias, que a él llegan cargadas de amores divinos.

Después, sus amores predilectos son para la Virgen Santísima. A las oraciones ordinarias y de reglamento, añade todas las noches, antes de acostarse, la práctica de las TRES AVEMARIAS. El amor a Jesús Sacramentado, la devoción a la Virgen han hecho brotar en su alma un

PETALO DE PUREZA

Jamás se le sorprendió en palabras vulgares, gestos o miradas impropias. Todo lo contrario; tiene a su favor hechos que nos recuerdan las palabras del Vble. Domingo Savio: “Guardo mis ojos para fijarlos con mayor pureza en el rostro de mi Madre del cielo, María Inmaculada”. En efecto: ayuda la misa con mucho recogimiento y, al llegar la comunión, no se fija en los que se acercan al comulgatorio; y si le toca

llevar el platillo acompañando al sacerdote, lo hace con delicadeza y gran modestia. El misionero que esto observa, goza el aroma que exhala este pétalo de pureza.

PETALO DE CELO POR LAS PRACTICAS DE PIEDAD

Los asilados acaban de entrar en la Capilla, para rezar las oraciones de la noche, cuando los sorprende gratamente el canto de una letrilla a la Virgen, seguido del rezo de las oraciones. ¡Cómo! ¿Dos comunidades en una? Averigua el caso el Superior, y ve con grata sorpresa, que Rafaelito con otros enfermos más que se encuentran en la enfermería, rezan de rodillas sus oraciones ante un cuadro de María Auxiliadora. El misionero aspira el perfume embriagador de este nuevo pétalo, y dice para sus adentros: ¿Quién sabe si Rafaelito será con el tiempo un buen sacerdote o religioso?

PETALO DE GRATITUD

Es muy raro encontrar esta virtud en los centros de educación, y más aún entre indígenas, donde no existe ni la palabra "*gracias*"; pues se creen con derecho a todo. Por lo mismo sorprenderlo en un hijo de la selva, es algo delicioso.

Murmura un muchacho porque sí, porque es hijo del Adán caído, porque no quiere callarse, cuando encontraría en el silencio y en la gratiud su mejor alivio. Se lo enseñará Rafaelito con estas palabras: Pues ¿qué? ¿los Superiores no te dan gratis la comida, la ropa y la educación? Pues, a callar tocan y a agradecer lo mucho que les debes. Yo por mi parte siempre estaré a sus órdenes. Un hecho demuestra su gratitud servicial.

Supo de la salida del misionero con el fin de visitar a un enfermo, y se agazapa entre las matas de la portería para acompañarlo. Al pasar, le dice: "Ya sé, Padre, adónde va; a salvar un alma. Dios quiera que así sea; pero ahora salgo únicamente para echar la bendición de San Blas a una vieja que tiene atravesada una espina en la garganta. No te llevo, pues ya ves que me acompaña otro monaguillo. Quédate en casa y rézale un Padre nuestro a San Blas."

PETALO DE AMOR A LA PERFECCION

Esta vez tiene que habérselas con su hermanito menos fervoroso y malhumorado, a quien le dice: "Pero, chico, ¿cuándo acabarás con ese geniazo que tanto te afea? ¿No has comulgado hoy? Mira, yo ya no me pongo bravo como antes. Debes corregirte".

PETALO DE OBEDIENCIA

Cree que Dios lo llama para servirle más de cerca y expresa el deseo de hacerse Hermano Coadjutor. Siempre contento, aprende el oficio de sastre; le parece tocar el cielo con las manos con esta ilusión; pero... la aparición de su papá, da al traste con todas estas ilusiones. Ha venido por él, debe seguirle. El cuarto mandamiento se impone y obedece. Mas, al despedirse, dice con franca resolución: "Seré siempre buen cristiano, pensando en mi alma y en la eternidad". Palabras estas que nos disponen a pregustar la suave fragancia que despedirá esta flor.

PETALO DE PERSEVERANCIA

Ha pasado un año; Rafaelito no ha cambiado un punto de su conducta; dice en una de sus cartas: *Recuerdo*: Tengo un alma que salvar. *Propósitos*: La quiero salvar, huyendo de las ocasiones peligrosas. Por medio de la Confesión y Comunión frecuentes: Profesando una muy tierna devoción a María Auxiliadora. Los he cumplido en cuanto me ha sido posible y lo digo con toda sinceridad, que estoy sano de cuerpo y sobre todo de alma.

El misionero aspira satisfecho este último perfume embriagador; cobra nuevos ánimos para seguir trabajando y admirando la preciosa corola, reformada por tan variados y olorosos pétalos, no duda en llamar a su ex alumno: Rafaelito o una flor silvestre.

Puerto Ayacucho, enero de 1945.

Ideas sueltas

XVI

Jesús, que es el Buen Pastor, dió un día la vida por sus ovejas; la dió en el Calvario.

* * *

Ahora da la vida a sus ovejas en la Santa Eucaristía, bajo los accidentes de pan; en comida regaladísima.

* * *

Jesús tiene a su lado y en su Iglesia pastores que trabajan con El por reducir las ovejas que aun permanecen fuera del redil.

* * *

Porque hay muchas ovejas que aún no han entrado a formar parte de la Iglesia verdadera; y otras huyeron.

* * *

Lo había dicho Jesucristo: Tengo otras ovejas que no están dentro del redil; conviene que yo las atraiga, para que se forme un solo rebaño al cuidado de un solo pastor.

* * *

¿Quién ayuda a Jesús en esta magna empresa? ¿Quién predica y enseña en los mundos de la gentilidad? ¿Quién trabaja por atraer estas ovejas?

* * *

Son los Sacerdotes — Misioneros, que animados de un celo ardiente y llenos de caridad corren por los campos, suben los cerros, bajan a los valles...

* * *

Y al encontrar la oveja errante, ¡cómo se alegra su corazón! ¡cómo salta de gozo al poder conducirla por vez primera al redil de Cristo!...

* * *

Esos misioneros tienen un volcán de amores en su corazón, sienten sed ardiente de almas...

* * *

Por eso se les oye exclamar: ¡Almas, almas! Muchas almas para Cristo...

EL PEREGRINO DE UMBRIA

VENEZUELA

MISIONERA

¿Quién te dió, Venezuela Misionera,
tu ser noble y tu aroma celestial?
Mil heraldos doquier lanzar quisiera,
que anunciaran tu vida misional.

Va llevando a las almas tu lectura
la gran obra de Cristo Redentor,
que realizan en hombres sin cultura
los que siembran semillas del Amar.

Va prendida en tus páginas la llama
del Amor, que difunde plena luz.
Si te leo, mi corazón se inflama:
que eres hoja del libro de la Cruz.

Tú presentas recónditos paisajes,
ríos, selvas, tierras de mi nación,
donde viven hombres que son salvajes
y que esperan la cruz de redención.

Eres tú Mensajera de Guayana,
Amazonas, Goagira y Perijá:
te conozco, te quiero como hermana,
mi saludo ferviente hacia tí va.

Pido al cielo te dé próspera vida,
no haya casa en que no puedas entrar,
que es tu gloria la gloria apetecida:
ser maestra y apóstol del hogar.

UNA ALUMNA DEL COLEGIO "SAN ANTONIO".

Galería de misioneros

VI

MISIONEROS MARTIRES

LO QUE COSTO LA REDUCCION Y CIVILIZACION DE LOS INDIGENAS DE VENEZUELA.—PRIMEROS MARTIRES.—LA HECATOMBE DE CHIRIVICHI.—SUBLEVACION DE LOS INDIOS DE CUMANA Y HUIDA DE LOS FRANCISCANOS.—RELATO DEL MARTIRIO DE FRAY DIONISIO.—EL ULTIMO EPISODIO DE LAS MISIONES DE TIERRA FIRME.

La reducción y civilización de las tribus indígenas de Venezuela se llevó a cabo a costa de grandes sacrificios y de numerosas víctimas, que dieron generosamente su vida y derramaron su sangre en la realización de esa épica obra misional.

Las tierras de Oriente y Occidente, y las del Septentrión y Mediodía, fueron regadas abundosamente durante varias centurias con el sudor y con la sangre de muchos abnegados y celosos misioneros; y gracias a ese riego espiritual y místico, hiciéronse fecundas y produjeron copiosos y sazonados frutos para la Iglesia Católica.

Por lo que hace al Oriente, es decir la Nueva Andalucía, ya en los primeros años de la Conquista tuvo sus mártires, que cayeron gloriosamente en defensa de los nobles y cristianos ideales que abrigaba su magnánimo corazón.

En la segunda década del siglo décimo sexto—en 1516 según algunos cronistas—fueron enviados desde la isla de Santo Domingo o La Española a Tierra Firme tres religiosos dominicanos, a saber: los PP. Fr. Antonio de Montesinos y Fr. Francisco de Córdoba, con el lego Fr. Juan Garcés. Al llegar a Puerto Rico enfermóse de gravedad el P. Montesinos, por lo cual vióse obligado a regresar a Santo Domingo; mientras tanto el P. Córdoba y el Hermano Garcés prosiguieron su viaje hacia las costas de la Nueva Andalucía, internándose en la región de Píritu, unas veinte leguas al Poniente de Cumaná donde ya se hallaban establecidos los misioneros franciscanos. Allí comenzaron luego sus tareas apostólicas, pero fueron sacrificados por los indígenas, sin que tengamos pormenores del martirio de estos religiosos, a quienes cabe la gloria de haber sido los primeros que derramaron su sangre por la fe en tierras venezolanas.

Algunos años más tarde, o sea en 1520, sucumbieron igualmente otros dos misioneros dominicanos, cuya muerte tuvo lugar en el Convento de Santa Fe de Chirivichí, cinco leguas al Oeste de Cumaná y probablemente en el Golfo de Santa Fe. No sabemos los nombres de estos segundos mártires dominicanos, pero sí conservamos el relato de tan lamentable suceso, que tuvo consecuencias fatales para aquellas primeras misiones de Tierra Firme, desaparecidas poco después. He aquí la mentada relación:

En el año 1520 presentóse en las costas de Chirivichí, donde se encontraba el Convento de Santa Fe fundado por los dominicos en 1517, un tal Alonso de Ojeda, vecino de la isla de Cubagua, y a pesar de que estaba prohibido esclavizar indios que no

fuesen caribes, embarcó con engaños cuantos pudo, lo que irritó sobremanera a los indígenas que, levantados en armas, dieron muerte a Ojeda, a varios de sus compañeros y a los dominicos, creyendo seguramente que éstos hallábanse complicados también en las tropelías de Ojeda. En un Memorial dirigido al Rey con fecha 14 de noviembre de 1520 por los Oficiales reales de La Española, encontramos los datos siguientes sobre la muerte de los dominicos:

"Un domingo, 3 de setiembre pasado, habiendo los dominicos tañido a misa, y estando revestido el uno de ellos, vino a la iglesia un cacique de la dicha provincia (Maracapana), que se llama Maraguey, vecino muy cercano del monasterio, a quien los frailes habían honrado e fecho más beneficios que a todos (según nos dice el Vice-Presidente de la Orden, que aquí está) e trajo muchos indios, así de dicha provincia como de otra cercana que se dice los Tagares, e entraron en el monasterio socolor que iban a misa, e mataron dos frailes que a la sazón allí habia, que los otros dos habían ido a Cubagua a decir misa al alcalde mayor y a los españoles que allí residen. Mataron otras nueve personas que había en el monasterio; uno era indio de la misma provincia y lengua con que los frailes predicaban. Robaron e quemaron el monasterio, mataron hasta un caballo, un perro y un carnero que allí tenían, e destrozaron e robaron ornamentos e otras cosas que valdrían 1.000 pesos. Sólo escapó un indio de esta isla que servía a los frailes, el que fué con la nueva a Antonio Flórez, alcalde mayor de Cubagua".

El mismo año, pero más tarde, subleváronse también los indios de Cumaná y pusieron fuego al Convento de los franciscanos, habiendo logrado los religiosos escapar de una muerte segura, huyendo a Cubagua. Cuando a principios de 1521 vino a Cumaná el Capitán Gonzalo de Ocampo a castigar y pacificar a los indios, regresaron los franciscanos a su derruído Convento con el P. Fr. Juan Garcés (distinto del dominico del mismo nombre), que era su prelado. Meses después llegó también a Cumaná el P. Las Casas con poderes reales para colonizar pacíficamente esta comarca; pero al ausentarse con el fin de resolver las muchas dificultades que se le presentaban en la ejecución de sus proyectos, se amontinaron de nuevo los indígenas y atacaron el monasterio, destruyéndolo por segunda vez y dando muerte a algunos españoles. Los franciscanos pudieron huir a tiempo en una canoa a la península de Araya y de allí a Cubagua, a excepción de un religioso lego llamado Fray Dionisio (así a secas), que turbado en aquel momento no acierta o no puede entrar en la embarcación con sus hermanos.

Viéndose sólo y abandonado, el pobre religioso optó por ocultarse en un carrizal donde permanece tres días en continuada oración, hasta que, al fin, se resuelve a salir de su escondite y presentarse a los indios amotinados; porque habiendo entre ellos muchos a quienes él había favorecido con grandes obras de caridad, esperaba que no le harian mal. Asi sucede al principio, pues no sólo no le hacen mal alguno, sino que le suministran el alimento necesario durante tres dias.

El autorizado cronista Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés nos ha dejado un largo e interesante relato del martirio de Fray Dionisio, ocurrido en 1521 a orillas del pintoresco y apacible Manzanares. He aquí sus palabras:

"Y en todo este tiempo estuvieron aquellos infieles gastando palabras en diversos acuerdos y disputando de lo que harían de este fraile bienaventurado. Unos decían que le guardasen y no muriese; otros decían que con este Padre harían paz con los christianos; otros insistían en su crueldad e porfiaban que muriese. En conclusión de sus diferentes pareceres, unánimes los concertó el diablo, y pudo tanto la malicia de un indio llamado Ortega, que se tubieron todos a su consejo y mataron al fraile. Dixeron después los indios que fueron castigados por este delito, que aquellos tres días que es-

tuvieron en sus consultaciones hasta determinar en la muerte de este mártir, siempre él estuvo en oración hincado de rodillas; y que cuando lo tomaron para ejecutar su muerte, le echaron una soga al cuello y le arrastraron e hicieron mil vituperios y escarnios y le dieron muchos géneros de tormento; y estando en su martirio, les rogó a los malhechores que le dejasen hincar de rodillas y hacer oración a Dios y que orando le matasen o hiciesen lo que quisiesen dél. E así como se lo otorgaron, puesto de rodillas en tierra, quiso imitar a nuestro Redentor y rogar a Dios por aquellos que le mataban, diciendo: Pater, dimitte illis, non enim sciunt quid faciunt. (Luc. XXII). Y diciendo estas sanctas palabras y otras con mucha devoción, encomendando su alma a Jesuchristo, estando así de rodillas, le dieron tal golpe en la cabeza, que le mataron y enviaron a la gloria celestial a este beato Dionisio. Mas después que le hubieron muerto, hicieron tantas bellaquerías y suciedades con este mártir, trayéndole arrastrando de unas partes a o tras, que no son para escrebir".

El martirio cruel e inhumano de este religioso franciscano fué el último episodio triste y doloroso de las primeras Misiones de Tierra Firme. Muchos años más tarde, cuando los Ministros del Evangelio vuelven a establecer de nuevo las Misiones en la Nueva Andalucía, nuevas víctimas vendrán a aumentar el glorioso Martirologio Misional, como tendremos ocasión de ver en artículos subsiguientes.

Cumaná, febrero de 1945.

FR. CAYETANO DE CARROCERA
O. F. M. CAP.



Un bello rincón de la Gran Sabana. Palmas, arbustos, selva, el murmullo del rio...



Bolívar y la Causa Indigenista Americana

Después de varios años vuelvo a leer un libro interesantísimo de Marius André, titulado "Bolívar y la Democracia." Y hallándome ahora al final de su lectura, pensé que sería muy interesante una selección de ideas sobre el tema indígena con breves acotaciones mías.

Referente al asunto, que encabeza estas líneas, el documentado autor francés asienta estos dos principios: I.—Que la guerra de emancipación no se hizo en nombre de los Indígenas; II.—Que, no obstante, Bolívar se esforzó en legislar benignamente para ellos, restableciendo las disposiciones del Código de Indias.

I.—Las primeras referencias de Bolívar al problema indígena aparecen en su célebre "Carta de Jamaica". Escribe él: "Y, por cualquier parte que se mire, no somos indios ni europeos, sino algo intermediario entre los legítimos propietarios del país y los españoles. En resumen: siendo americanos por naturaleza (nacimiento), y europeos por derecho, tenemos que disputar estos derechos a los indígenas y mantenernos en el país. Así que nos hallamos en la más extraordinaria y más complicada de las situaciones".

Palabras sincerísimas y de actualísimo interés, cuyo comentario hace Marius André de la siguiente manera: "Con aquel buen sentido práctico que

le caracteriza, cuando no se halla mediatizado por los metafísicos de la revolución, Bolívar acaba de poner el dedo en la llaga. El que hace el llamamiento a los pueblos, pertenece también a la raza de los opresores. En América, los criollos, aun aquellos que venían de familias como la suya que contaba dos siglos de existencia, no son más que verdaderos intrusos. Desde el punto de los dogmas, en cuyo nombre se hace la guerra, los verdaderos dueños del país son los indígenas, los indios".

"La doctrina, los sacrosantos Derechos del Hombre exigían que todos los de raza blanca (y negra) volviesen a Europa (y Africa) o, al menos, dejasen que los indios se organizasen a su modo. . . . No se habla ya menos que de "disputar esos derechos a los indígenas", esto es: continuar la obra de los conquistadores, reemplazando la dominación de los españoles nacidos en Europa, por la de los españoles nacidos en América".

Esta incontrovertible verdad, tan paladinamente confesada por Bolívar en su destierro de Kingston (6 de septiembre de 1715), y sobre la cual suelen pasar los comentaristas como gato por brasas, nos prueba que la guerra no se hizo en nombre de la Causa Indígena. Verdad es que Piar y algunos otros, cuando se hallaron dentro de las Misiones, dirigieron a los indios proclamas a tono con las circunstancias, según el conocido refrán, "el que hace caricias que no te suele hacer, o te quiere engañar o te ha menester"; pero pasadas aquellas circunstancias y aquellos menesteres, no se acordaron más de ellos. Léanse sino las Constituciones de Angostura y Bolivia (y las otras de Perú y Cúcuta) y se verá que la Causa Indígena brilla por su ausencia en estas Cartas Magnas de las repúblicas bolivarianas.

II.—No obstante ser esto así, Bolívar, de corazón abierto para todas las causas nobles, que conoció a los indios y a los misioneros en sus largas y continuas correrías por el continente americano, que lleno de compasión había prometido "hacerles todo el bien posible", y que con más razón que Santander debiera ser llamado "El Hombre de las Leyes", cuando quiso y pudo reparar los inmensos daños causádoles por la guerra y por la abolición prematura del Código de Indias y la demagógica aplicación de los Derechos del Hombre, legisló para los indios en estas tres formas:

1ª)—*Restableciendo las Misiones.* Acerca de este punto escribe Marius André: "A consecuencia de los males que consigo trajo la guerra y de las leyes contra los conventos, este trabajo secular quedó interrumpido: las Misiones desaparecieron; se palpa por todas partes cierta retrogradación a la barbarie ancestral y hacia la miseria, porque los fabricantes de Constituciones y los filósofos no han hallado medio de reemplazar a estos educadores. Condorcet había dicho que pronto los filósofos se encargarían del bienestar y de la civilización de los países bárbaros: su profecía no se cumplió ni en América, ni en ninguna parte del mundo. Por eso Bolívar, católico en religión, y

positivista en política, hace un llamamiento a los educadores, que durante tres siglos habían dado pruebas admirables de sus excelentes métodos".

Así fué que Bolívar decretó el *restablecimiento* de "las antiguas Misiones de Cumaná, Barcelona, Maracaibo, Casanare, Guayana y sur de los Andes, Popayán y Quito", recalcando enfáticamente que la obra de "instruir a los indígenas en la religión, en la moral y en las artes necesarias para la vida" no podía hacerse sin las Ordenes Regulares.

2ª)—*Restableciendo el tributo de los indígenas.* Dice el citado autor: "En teoría, el nuevo régimen levanta a los indígenas a la dignidad de ciudadanos, librándolos del absolutismo español. En realidad, nada ha hecho por ellos; su suerte es bastante peor que antes... Suprimió la República el tributo a que estaban sometidos, y que tantas declamaciones había arrancado de los filósofos de Europa, pero no suprimió más que la palabra: el tributo quedó reemplazado por cierto número de impuestos, cuyo total era muy superior al único tributo que pagaban antiguamente. Los indígenas, que no querían reventar de hambre por una frase, piden a Bolívar que de nuevo los someta al impuesto que pagaban en tiempo de la monarquía; el dictador accede a sus peticiones y decreta que "los indígenas colombianos (Ecuador, Colombia y Venezuela) pagarán desde la edad de 18 años hasta los 50 una contribución especial, que se llamará contribución especial de indígenas".

3ª)—*Eximiendo a los indios del servicio militar.* Bolívar había visto durante su permanencia en los territorios de Misiones y especialmente en el Caroní, la resistencia de los indios al reclutamiento militar, experimentó incluso las fugas y deserciones y en carta al Pbro. Félix Blanco le había prometido no reclutarlos nuevamente, pasados los trances angustiosos de la guerra.

Pero, escribe Marius André: "Siendo iguales todos los ciudadanos, debían todos ser soldados; por eso, se hallan sometidos los indígenas lo mismo que los mestizos y los blancos. El dictador, sin embargo, restablece la ley del antiguo régimen y decreta que "los indígenas están exentos de todo servicio de armas, a menos que ellos se comprometan voluntariamente".

Para terminar hace M. André el siguiente comentario: "Atendiendo al interés inmediato del Estado y con las miras puestas en una gran obra civilizadora, Bolívar acaba de tomar las medidas que acabamos de reseñar; y es una de las razones por las cuales llueven sobre él los calificativos de reaccioric, clerical y tirano. Pero no sé, añade, qué es lo que se debía hacer en este caso, toda vez que lo que se ha ensayado después del Libertador, y fuera de su método, ha traído necesariamente la ruina".

Hace varios años, un escritor no sospechoso de clericalismo, R. Blanco Fombona, escribió lo siguiente: "La República no los ha tratado mejor que España... La situación social de los indios no es hoy superior a la que dis-

frutaban en los tiempos coloniales... Nos vemos precisados a confesar que la República no ha sabido acrecentar lo poco que nos dejaron las capuchas".

A confesión de parte (y podríamos multiplicar por decenas las de este tenor), huelgan mis comentarios.

F R A Y A R M E L

CAPUCHINO



En la Gran Sabana, los días de matanza los muchachos de la Misión, contentos y satisfechos conducen la carne a la Casa.

"Doctrinas" Franciscanas en Venezuela

Qué eran las "Doctrinas". — Los Curas Doctrineros. — Pueblos de "Misión" y de "Doctrina". — Doctrinas a cargo de la Provincia de Santa Cruz de Caracas. — El Convento de Caracas y sus Doctrinas. — Pueblo y Doctrina de Ntra. Sra. de Quíbor. — Nombramiento de Curas Doctrineros en 1631. Idem en 1678. — Ultima noticia sobre las Doctrinas.

Durante la época colonial llamábanse "Doctrinas" las parroquias constituídas únicamente por indígenas, las cuales en sus principios habían sido pueblos de *misión*, o bien *encomiendas* de los conquistadores y primeros pobladores.

El sacerdote encargado de alguna Doctrina, recibía el título de "Cura Doctrinero", y podía ser del clero regular o secular. Su nombramiento debía hacerse en conformidad con las leyes del Real Patronato, es decir, el Sr. Obispo presentaba al Vice-Patrono real, que lo era el Gobernador de la provincia, tres candidatos, y el gobernador elegía uno de ellos, al cual el Ordinario daba luego la colación canónica. Cuando se trataba de regulares intervenían también en el nombramiento y presentación los Superiores del religioso.

Los pueblos fundados por los misioneros se llamaban *misiones, reducciones o conversiones;* y cuando ya habían alcanzado cierto grado de organización y progreso, se erigían en *doctrinas* y se entregaban al Ordinario, que nombraba Cura Doctrinero a un religioso, o bien a un sacerdote secular, de acuerdo con las circunstancias.

Los Capuchinos Aragoneses tenían en 1761 *trece* pueblos de *Misión* y *siete* de *Doctrina*, estando a cargo de sacerdotes seculares otras *dieciseis Doctrinas* más de la misma Provincia de Cumaná; y los Misioneros de Píritu tenían a su cargo en la fecha mencionada *diecisiete* pueblos de *Misión* y *dieciseis* de *Doctrina*. Estos mismos Padres regentaban en 1780: 16 *Misiones*, 16 *Conversiones* y 13 *Doctrinas;* y los Capuchinos de Cumaná, en 1792: 19 *Misiones* y 16 *Doctrinas*.

También los Conventos franciscanos de la Provincia de Santa Cruz de Caracas tuvieron a su cargo muchos pueblos de *Doctrina*, en los cuales ejercieron los hijos de San Francisco un fructuoso apostolado por espacio de casi tres centurias. De esos pueblos-doctrinas vamos a tratar brevemente en estos ligeros apuntes.

De los Conventos franciscanos de Venezuela ya hemos hablado extensamente en otros lugares de VENEZUELA MISIONERA, como habrá tenido ocasión de observar el asiduo lector de esta Revista.

Los documentos que poseemos sobre esta materia no son muy abundantes, pero de ellos se deduce claramente que los Franciscanos ejercieron la cura de almas en las Doctrinas de *Petare*, *Baruta*, *El Valle*, *Maiquetía*, *San Mateo*, *Aragua*, *Cuyagua*, *Chuao*, *Choroní*, *Cocorote*, *Quíbor* y tal vez otras de que no tenemos noticia. No parece aventurado afirmar que los religiosos Franciscanos hayan intervenido en la fundación u organización de las mentadas doctrinas o en parte de ellas, tomando como base las agrupaciones de indios existentes en las haciendas de los encomenderos.

En 1574 dieron principio los Franciscanos a la fundación del Convento de San Francisco de Caracas, el que quedó definitivamente organizado tres años más tarde, o sea en 1577; y en un antiguo documento del gobernador

Pimentel, de diciembre de este último año, se dice que dichos frailes "están de presente en este monasterio y en las *doctrinas de los naturales*". Ignoramos qué doctrinas serían esas, pero seguramente eran las encomiendas, haciendas y pequeños poblados de las cercanías de Caracas.

Los Franciscanos del Convento de Ntra. Sra. de los Angeles de El Tocuyo, instalados en dicha ciudad hacia 1578, tuvieron a su cargo el "Pueblo y Doctrina de Nuestra Señora de Altagracia de Quíbor" desde el año 1620 en que fué fundado hasta 1754, fecha en que el P. Fr. José Martínez, último Cura Doctrinario, lo entregó al Ordinario, en virtud de una Real Cédula expedida el año anterior, que disponía que todas las doctrinas de indios que servían los regulares pasaran al Prelado Diocesano.

Los hijos de San Francisco—dice el Hermano Nectario, de quien tomamos estas noticias—"habían ya en cierto modo cumplido a cabalidad su misión civilizadora y protectora de los indios del pueblo de Ntra. Sra. de Quíbor, llevándolos hasta la capacidad de un pueblo libre. Sin peligro alguno podían entregar su obra evangélica al Ordinario, con la seguridad de que los frutos de largos y perseverantes años de labor apostólica no quedarían frustados " (*Boletín del Centro Histórico Larense*, Nº 1, p. 36).

Con fecha 14 de agosto de 1631 celebróse Capítulo Provincial en el Convento de Caracas, en el que fueron nombrados los Superiores de la Provincia de Santa Cruz, y los Guardianes de los Conventos, designándose además *Curas Doctrineros:* Para *Petare*, los PP. Francisco Seta, Manuel de Jesús e Indelfonso de Mora; para el *Valle de la Pascua*, los PP. Francisco de Salamanca, Antonio de Lucena y Juan de Mudarra; para *Maiquetía*, los PP. Francisco Amadoro, Antonio González y Juan Trabe; para *Quíbor*, PP. Cristóbal Merino, Bartolomé Mendoza y Francisco Villafana; para *Cuyagua*, PP. Diego Bazurto *et pro socio* P. Andrés de Guevara, Juan Caraballo y Juan Bautista. Se nombraban tres Padres para cada doctrina en conformidad de lo dispuesto por una Real Cédula expedida poco antes.

En 1678, habiendo vacado las Doctrinas de San Mateo, Petare, Cuyagua y Cocorote, el M. R. P. Fr. Matías Coello, Ministro Provincial, propuso al Illmo. Don Fr. Antonio González de Acuña, Obispo de Caracas y Venezuela, la terna para cada una de las Doctrinas, a saber: Para *San Mateo*, a los PP. Antonio de Albornoz, Francisco de Albornoz y Francisco Cornieles; para *Petare*, PP. Gaspar de Acosta, Francisco Rivero y Miguel de Segovia; para *Cuyagua*, PP. José Franco, Pedro Gallardo y Francisco García; para *Cocorote*, PP. Juan Bernal, Simón de la Concepción y Gaspar de los Reyes.

Aprobados y juzgados aptos por el Sr. Obispo por providencia de 23 de abril de 1678, hace presentación de dichos Padres al Gobernador y Capitán General de la Provincia, quien en nombre de S. M. y en conformidad con

las leyes del Real Patronato, con fecha 20 de mayo del mismo año eligió Cura Doctrinero: de San Mateo, al P. Antonio de Albornoz; de Petare, al P. Gaspar de Acosta; de Cuyagua, al P. José Franco; de Cocorote, al P. Juan Bernal.

La institución o colación canónica les fué conferida por el Vicario General y Provisor del Obispado por auto de 2 de junio del expresado año, y en él nombra al P. Acosta "Cura Doctrinero de Petare y Baruta".

Como última noticia sobre las Doctrinas Franciscanas, hallamos en una Memoria de ingreso y gasto del Convento de San Buenaventura (San Francisco) de Valencia, presentada en 1790 por el P. Fr. Gabriel José de la Higuera al Vicario Provincial P. Fr. Lucas Francisco Martel, la siguiente nota:

"Los Valles de San Mateo, Cuyagua, Choroní y Chuao, de esta jurisdicción, se sabe que antiguamente fueron Doctrinas de nuestros religiosos al cargo de esta Provincia, pero no hay tradición hasta que tiempo lo fueron, y que después los eligieron Curatos de los mismos religiosos, hasta el año de 1753 ó 1754, que se entregaron al Sr. Ordinario. Ninguna otra noticia se descubre en este particular".

Cumaná, marzo de 1945.

FR. CAYETANO DE CARROCERA

O. F. M. CAP.



El avión de la Línea Aeropostal, dispuesto a llevar la carga de la Gran Sabana.

EL IDAMOGUITU LORENZO

Lorenzo era el indio más viejo de la Misión de San Francisco de Guayo, que rayaba, sino pasaba de los 80 años. Patriarca de numerosa descendencia; bueno, trabajador, pacífico, curiarero, tejedor de primorosas *guapas* y distinguido *güisidatu.*

En agosto de 1944 enfermóse gravemente de pulmonía.

Por más que los Misioneros Capuchinos, desde un principio, se interesaron por él, ofreciéndole medicinas, no lograron que tomase remedio alguno. En cambio, dejábase *piachear* dia y noche por vividores hechiceros guaraunos, compaisanos suyos.

Primero aseguraron que tenia joa, maleficio causado por medio de ensalmes. Llamaron, pues, a poderosos *joarotu,* que, cantando *joa,* oraciones, le sacasen todas las brujerías que tenía en el cuerpo.

En vista de los primeros ineficaces resultados, dijeron que no era *joa,* sino *bajana,* la enfermedad que Lorenzo padecía. Acudieron luego a ilustres *bajanarotu,* para que le extarjesen la *bajana,* halando de la piel al enfermo, insuflando las partes doloridas, echándole bocanadas de humo de güina, a manera de incensación.

Habiendo resultado inútil esta segunda tentativa, pues Lorenzo se agravaba por momentos, se convencieron que no era ni *joa* ni *bajana* la enfermedad, sino *jebu,* espiritu malo, que, a todo trance, quería llevárselo al otro mundo.

—No se puede dejar morir al *arimagüitu.* Es el padre viejo de todos. Hay que buscar afamado *güisidatu,* que, *cantando joa, fumando güina, insuflándole y tocando la maraca sagrada de piachear,* le saque y ahuyente los malos espiritus, que el *idamogüitu* tiene metidos en el cuerpo.

Durante varios días piachearon al enfermo distintos doctores guaraúnos, sin que aquél encontrase mejoría alguna. Hubo pues, *junta de doctores,* agotando todos los recursos del arte mágica. El P. Rodrigo y yo estuvimos una noche viéndolos piachear.

Eran diez los curanderos. Aquello, más bien, parecía una sesión de espiritismo. Todo estaba a oscuras; la atmósfera mal oliente. Aquí y allí tizones resplandecientes, humeantes y medio apagados. Las güinas encendidas semejaban luciérnagas, que relampagueaban y se extinguían momentáneamente en medio de la oscuridad. Tenue y opaca luz a la esquina del rancho proyectaba a lo lejos gigantescas sombras, que dibujaban figuras humanas del otro mundo.

El enfermo revolviéndose y quejándose en el chinchorro. El chasquido de la maraca sagrada, ya fuerte, ya suave, unas veces parecía impetuoso torrente, otras manso arroyuelo. Y cerca, muy cerca del enfermo, en medio de imponente y sepulcral silencio, déjase oír la poderosa voz de Benigno, doctor principal, que, colocado a la cabecera de Lorenzo, canta *joa,* insufla, toca la maraca y lleva el compás con los pies. Junto a Benigno, su hijo José Jesús, que hacía de *payaso,* contestaba a las preguntas que el güisidatu le hacía, al terminar cada ensalme.

Qué variedad de toques, de voces, mejor, de berridos, resoplidos e insuflaciones. Ahora tocaba fuertemente la maraca, luego con suavidad; ya la bajaba, después le rozaba la parte dolorida al paciente. Inspiraba estentóreamente sobre la maraca, soplaba sobre las manos y levantando en alto la maraca, agitábala estrepitosamente hacia el lugar por donde suponía que había venido el mal espiritu, para despedirlo lejos.

En resumidas cuentas, después de tanto doctor y tanta cura, el idomogüitu Lorenzo se murió sin remedio.

Y Benigno nos decía muy orondo y satisfecho de las operaciones practicadas y mostrándonos un pote de castañas chinas: "Miren, miren lo que le saqué" Como diciendo: "Yo sí soy poderoso doctor".

—Pues, guárdalas, le dijo el P. Rodrigo, para que vuelvas a sacárselas al primer imbécil, qué venga a dar a tus manos.

Y yo añadí: Se conoce que alguna castaña china le dejaste dentro, que no pudo digerir, de lo contrario no lo hubieses matado tan ligero.

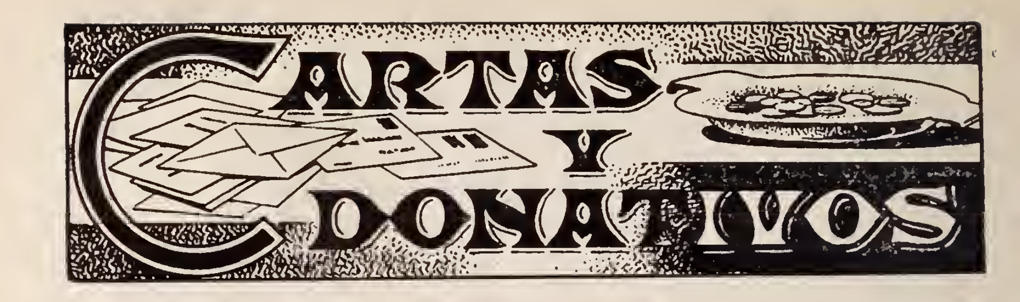
En el momento de expirar Lorenzo, le administramos sub *conditione* el Santo Bautismo, como último recurso.



La típica curiara, medio de viajar exclusivo por las Bocas del Orinoco.

FR. GASPAR MA. DE PINILLA

MISIONERO CAPUCHINO



* Maracaibo, 26 de octubre de 1944. Rdo. P. Director de Venezuela Misionera, Caracas. Rdo. Padre: Viendo el entusiasmo que estos días se respira en mi Colegio, aunque chiquito, me uno yo a todos. Haciendo un pequeño esfuerzo adjunto con mi fotografía, le envío Bs. 5 para que bautice un indiecito con el nombre de **Fernando.** Esperando acrecentar más y más el entusiasmo Misionero que con tanto interés nos enseñan nuestras maestras, le pide la bendición este pequeño misionero. Fernando Valecillos.

Tu foto, Fernandito, ya salió, como lo verias en el mes de febrero. Ahora tu cartita tan interesante, con tus esfuerzos de pequeño misionero, es muy significativa. Contentos se pondrán los indiecitos al leerla. Bueno. Que Dios te bendiga.

* Maracaibo, 28 de octubre de 1944. Niña Norha Margarita Montiel. Araguaimujo. Querida y apreciada ahijadita: Deseamos estés bien en unión de las Hermanas y demás compañeras. Deseamos que seas muy obediente y que no tengan nunca ya queja tuya, y que sepas agradecer lo que las Hermanas han hecho por tí. Después te mandaremos un regalito, pues no te lo mandamos de una vez, porque no tuvimos tiempo de comprarlo. Se despiden de tí tus madrinas que mucho te aprecian, Lilia y Norha Fuenmayor Montiel.

Aqui quien tiene que contestar a esta carta es la indiecita ahijada. Esperemos a ver qué dice ella.

* Maracaibo, 26 de octubre de 1944. A los indiecitos e indiecitas de la Misión de Araguaimujo: Recordados hermanitos. El objeto de esta cartica es participaros la gran recolecta que hemos hecho en el Colegio para obsequiaros y remediar un poco las necesidades de los misioneros. Esta carta os la envían las niñas del 4o. Gdo. del Colegio del Pilar, que han recogido 28 bautizos y 50 Bs. para los uniformes para los niños, pues el año pasado mandamos para las niñas. Una cosa os vamos a pedir y es que hagáis todos los días una súplica especial por las niñas del 4o. Gdo., para que estudiemos con aplicación y aprendamos con facilidad y de esta manera obtener éxito en los exámenes. Saludos para los misioneros y misioneras. Nosotras no os olvidaremos, pero vosotros tampoco debéis olvidaros de nosotras en vuestras oraciones. Nos despedimos de todos con mucho cariño. Un abrazo para todos y que los misioneros nos bendigan. Una Alumna del 4o. Grado.

Muy buena esta cartita, que espero será contestada por los indiecitos y las indiecitas de Araguimujo a quienes se dirige. Esperemos...

* Maracaibo, 26 de octubre de 1944. Rdo. P. Antonino M. de Madridanos, Caracas. Rdo. Padre: estoy muy complacido por hacer algo por los indiecitos y es por este motivo que le estoy remitiendo la cantidad de cinco bolívares para cristianar un indiecito que llveará el nombre de **Gustavo** José. Ruégole una oración por la felicidad de mi papá de mi mamá y una tía, a quienes quiero mucho. Todos los de mi casa le pedimos la bendición: Gustavo José Inciarte.

Al amiguito Gustavo he de contestarle sumamente complacido por su carta y su limosna para el bautizo del indiecito. Con muchísimo gusto rogaremos todos por tí y por los tuyos a quienes tanto amas. Dios los bendiga copiosamente.

* Caracas, 15 de noviembre de 1944. Rdo. P. Antonino de Madridanos: Respetado Padre: Después de pedirle la bendición y saludarlo, le escribo esta pequeña carta porque deseo bautizar un indiecito y para ello le mando la suma de Bs. 5 y quiero que lleve el nombre de Francisco de Jesús. Yo amo mucho a las misiones, pues conozco el estado en que se encuentran esas almas, y con el trabajo de los Misioneros podrán ganar el cielo. Ana María Martínez, Colegio de San Antonio.

Encantado con tu cartita, con tu limosna, oraciones y... con el lindo nombre que has escogido para el ahijado. Ruega mucho por las misiones. Dios te bendiga.

* Caracas, enero de 1945. Rdo. P. Antonino de Madridanos. Ciudad. Estimado Padre: Nosotros los pequeños del kinder y 1er. Grado del Colegio

de "Ntra. Sra. de Guadalupe" hemos reunido con nuestros pequeños sacrificios la cantidad de Bs. 20 que mandamos a usted para que haga bautizar cuatro indiecitos con los nombres de Rose Mary Tuozzo, Eduardo Yánez, Pedro José Rojas y Bernardo Celis. Siempre pedimos mucho por las Misiones y por los Misioneros. Dios quiera que muy pronto todos los indiecitos conozcan a nuestro Señor y la Religión Católica. Bendíganos y cuando pueda háganos una visita, porque queremos conocerlo. Los pitocos y pitocas de Kinder y 1er. Grado.

Muy bien por estos pitoquitos y las simpáticas pitoquitas del Colegio de Ntra. Sra. de Guadalupe; muy bien por su entusiasmo por las misiones, por su limosna y por sus grandes deseos para con los indiecitos. Desde aquí y con mucho fundamento os prometo haceros una visita lo antes posible. Dios os bendiga.

* Trujillo, 17 de febrero de 1945. Rdo. P. Antonino de Madridanos, Caracas. Muy apreciado Padre: Lo saludo y le pido la bendición, deseando se encuentre bien. El objeto de ésta es para decirle que yo tengo gran deseo de salvar un alma de esos pobres indiecitos; para lo cual le envío Bs. 5, pues nos ha dicho la Hermana que al buen Jesús le agradan mucho los sacrificios, y yo, antes de gastar dinero en golosinas, quiero que sea bien empleado. Me gustaría que el bautizado lleve el nombre de José Luis. Se despide su misionerita de la Villa del Rosario. Yolanda Gutiérrez.

¿Ya están enterados, mis lectores, de dónde procede esta carta? Bueno, viene de Trujillo y de una de las alumnas del Colegio de Santa Ana, y es de 3er. Grado, por añadidura, y se firma de la Villa del Rosario para que sepan todos que es perijanera, y por lo tanto está mirando con mucho cariño a la nueva misión. Muy bien, Yolanda, a trabajar mucho entre tus compañeritas por las Misiones.

* Trujillo, 7 de febrero de 1945. Rdo. P. Antonino de Madridanos, Caracas. Respetado Padre: Nos dirigimos a Ud. por medio de estas líneas para manifestarle, que deseamos ser madrinas de una indiecita que lleve el nombre de Ana Eduvigis. Le suplicamos que la ahijadita sea de las de la Misión de Perijá, porque nuestra Profesora es de Machiques. Nos alegramos ver alguna cartica que hemos enviado de este Plantel en la Revista "Venezuela Misionera". Nos despedimos con cariños para las indiecitas y a Ud. le pedimos nos bendiga. Deborita y Betty Pérez.

Dos nuevas amigas, pero grandes amigas de la Misión de Perijá. Son como lo ves, amigo lector, del Colegio de Santa Ana de Trujillo. Edo. Trujillo, Venezuela, América del Sur. Yo veo que en este colegio ha prendido el fuego del entusiasmo por las Misiones, y vaya si van a ayudarlas. Toditas las cartas irán apareciendo en la Revista; pero... hay que esperar que les llegue el turno. Están formando cola.



Gustavo José Inciarte, el gran misionero del Colegio Ntra. Sra. del Pilar, en Maracaibo.

—::—

ESCRIBEN DE LA MISION

Sta. Elena de Uairén, 31 de enero de 1945. Rdo. P. Antonino de Madridanos, Caracas. Muy respetado Padre Antonino Paz y bien. Te hago esta cartita para decirte algo de misión para que tu lo sepa; nosotras estamos con Hermanas trabajando, haciendo todas cosas de casa, hacemos comidas en cosina nueva para todos. También estamos educando y aprendiendo por la gracia de Dios. Pobresito el P. Baltazar hiso colegio nuevo con cinco ventana para nosotras y ahora se fué en avión; por eso estamos pidiendo gracias para el P. Baltazar, porque él es tan bueno con nosotras hizo salón grandote para que las niñas cosan bien ropa de niños y niñas. También celebramos fiesta de Navidad, pero el P. Inocencio estaba solo y no había quien tocara música el Padre empezo la misa cantada con nosotras solas y despues comulgamos a media noche y el padre nos dió el niño para que lo besaramos; nos venimos de la capilla y el niño nos había traido cositas bonitas y a los niños en una matica, tomamos mucho cachiri y los indios también vinieron y bebieron cachiri. Los indios estaban bailando en el patio fuimos verlo con las Hermanas María Josefina y Genoveva después dormimos. Mas nada te cuento; me gusta ver mi carta en Venezuela misionera con mi nombre. Bendice a las indiecitas, Isaura Decelis.



La Misionera maracucha, Rebeca Elena De Bomg.

Sta. Teresita de Kavanayén, 26 de enero de 1945. Rdo. P. Antonino de Madridanos, Caracas. Muy amado Padre: Tomo la pluma pedirte bendición, aquí recibimos al M. R. P. Agustín Provinciar y aquí hicimos una fiesta al Padre y también hicimos una velada y en la velada a un venezolano que se llama Alberto lo pusieron de Doctor y al hermano de Alberto, que se llama Antonio pusieron de capitán y nosotros pusieron de discípulos del capitán y yo me salí primero que todos con el Doctor y así estubimos conbersando un rato y después me salí ha llamar al capitán y se lo llamé y entró con sus discípulos y hai estuvo aconsejando a sus discipulos y otro era taltamudo y otro era miedoso y otro era ibanbe (que tenía hambre) y salieron uno por uno y hicieron reir todas las gentes, al día siguiente el Padre bendijo la primera piedra del Santuario y despues repartieron cachiri y también cigarrillos y despues por la noche los indios de esta Misión vinieron a bailar y también los muchachos y muchachas lo primero que bailamos es el aleluya y después bailamos chochiman y después al día siguiente vorvieron los dos Padres mas nada, hagame el favor de mandarme una cosita pa mi. Arturo Soto.

OTROS DONATIVOS

Continúa la lista de bautizos encargados por las Alumnas del Colegio de Ntra. Sra. del Pilar de Maracaibo: Nora Zuleta una Rosita Zuleta, Cecilia Villasmil una Delia Josefina Rincón, Lilia González una Angélica Margarita Barboza, Olga Jiménez una Lilia Salomé Jiménez, Olga Margarita Matos un Rafael Angel, Haydee una Luisa Josefina, Elba Ochoa y Elisa Fuenmayor una Lorenza Fuenmayor, Rebeca de Bomg una Rebeca Bomg, Thelma Masonparry una Sixta Margarita Guitarte, Ana J. Nava un Jesús Alfanso, Una Exalumna un José María, Lilia Barboza un Mauricio Barboza, Isabel Faría una Lilia Elena Faría, Consuelo Soto y Magdalena Gutiérrez un Luis Enrique Gutiérrez. Iraida Román un Euro Román, una Exalumna una Ana Carmen, Lilia Montiel y Norka Fuenmayor una Norka Margarita, Nerva Muñoz una Rafaela La Corte, Emilia Labarca una Elvia Moreno, Olga Sandoval y Beatriz Quevedo una Ana María Quevedo. El Sr. Pedro Rafael García manda Bs. 60 para 12 bautizos. Las Alumnas del Colegio del Sdo. Corazón de Jesús de Puerto Cabello mandan Bs. 10 para dos bautizos. La Srta. Enriqueta Cova de Upata manda Bs. 10 de limosna para la Casa de Sta. Teresita de Kavanayen como gratitud por un favor recibido. Las Profesoras y Alumnas del Colegio Santa Ana de Maracaibo mandan para bautizar una Maritza, una Nancy y una Barbarita Bs. 15, mas Bs. 60 de limosna. Un buen amigo de las Misiones de PP. Capuchinos ha entregado Bs. 300 de limosna, con la condición de que ocultemos su nombre. Así lo hacemos. Dios lo tendrá presente en el libro de la vida.

Amigos y bienhechores de nuestras Misiones, sinceramente agradecidos por todas sus limosnas. Dios se lo pague.

P. A.
Capuchino.



La Novela de...

(Viene de la pág. 41)

El señor de Louergue y todos los niños exclamaron en son de protesta:

—Y bien, señora mía, ¿así se deja al marido?

—Carlos, ¡no nos quites a mamá!

Y todos rodearon alegremente a Carlos y a su madre para impedirles salir; pero la señora de Lourgue, un poco pálida, les dijo muy seria:

—Dejadnos, tenemos que hablar Carlos y yo.

El señor de Louergue frunció las cejas, y sin decir nada, volvió a subír la escalinata; los demás le siguieron en silencio.

Cuando estuvieron bajo la sombra de los grandes árboles, Carlos dijo con voz muy grave y algo temblorosa:

—Mamá, voy a causarte una pena...

..—Será la primera vez en tu vida, hijo mío; habla sin temor; lo que me vas a decir es justo y bueno, lo sé de antemano.

—Mamá, hace muchos años que espero este momento con ansiosa impaciencia. Si he tardado largo tiempo era porque quería asegurarme contra mí mismo y contra vosotros, contra mi dolor y el vuestro, con la completa certeza de estar en lo verdadero y de seguir el camino que Dios me traza. Ahora ya no dudo, puesto que estoy autorizado por el P. Ambrosio para declararte mi deseo: quiero ser Padre Jerónimo y misionero, mamá...

Carlos calló, aguardando la respuesta; pero la señora de Louergue que se había ofrecido a Dios para todos los sacrificios, no había previsto éste: el golpe fué repentino y muy duro; el joven sintió temblar la mano que se apoyaba sobre su hombro, y ambos se detuvieron cerca de un banco de piedra cubierto de musgo.

—Siéntate, mamá; te he apenado muy repentinamente.

Hizo sentar a su madre con mil amorosas precauciones, y tomando piadosamente aquellas manos que habían cui-

dado su infancia y guiado su juventud, las besó una tras otra con amor.

Muy pronto la señora de Louergue se rehizo.

—Hijo mío, —dijo— no te inquietes; estoy presta a todo lo que Dios pida; ya me había imaginado que serías algún día religioso, pero, te lo confieso, jamás había soñado en que partirías lejos de nosotros. Si Dios lo quiere, todo está bien: mi corazón está destrozado, pero mi alma es feliz y orgullosa de ti. Déjame que te bendiga.

Carlos se arrodilló sobre la fértil hierba, y su madre le hizo sobre la frente la señal de la cruz.

—Mamá, ¡qué buena, qué santa y qué generosa eres!

—No, Carlos, no, soy justa: Dios nos presta nuestros hijos; debemos por tanto entregárselos al primer llamamiento, cueste lo que cueste.

—¡Son tantos los que piensan y obran de otra manera!

—Pues hacen mal.

La señora de Louergue hizo sentar a su lado a su hijo y prosiguió:

—Cuéntame cómo te vino esta idea.

Carlos hizo la narración de sus deseos sin cesar crecientes, de sus confidencias al P. Ambrosio, de las repulsas obstinadas del anciano sacerdote, de la victoria, en fin, alcanzada el día anterior.

—Entonces —añadió— me sentí muy feliz, pero al mismo tiempo muy triste también, ¡oh!, sí, triste por tener que causaros esta pena. Tristeza y alegría a un mismo tiempo y en un mismo corazón...

El joven se innterrumpió mirando a su madre:

—¡Lloras!, ¡oh mamá!

La señora sonrió a través de sus lágrimas:

—Río también, ya lo ves: tristeza y alegría a un mismo tiempo y en un mismo corazón... Continúa, mi Carlos, podemos ir a una; ¡te comprendo tan bien y te amo tanto!

—Por eso admiro yo tu valor... Me hace falta a mí también, créemelo, para dejarte, más de lo que tú piensas: tú has sido siempre para mí, eres todavía, el objeto de un verdadero culto.

—¡Oh, Carlos!

—¡Sí, de un culto! Tú eres a mis ojos la encarnación de la virtud, de la abnegación, del verdadero amor; no te veo sino rodeada de una aureola; en mi cuarto de estudiante, cuando mi mirada encontraba tu imagen, o bien, cuando hablando, tu nombre venía a mis labios ,las lágrimas asomaban a mis ojos, lágrimas de amor subían de mi corazón... Sin embargo, tendré que dejarte: es que Aquél que me ha dado a ti me llama y me reclama; Aquél de quien viene todo amor y toda alegría, se dig-

na decirme que tiene necesidad de mis servicios. Por consiguiente, mamá, tú lo comprendes, es menester que yo vaya, ¿no es verdad?, allá donde El quiere, a pesar de todo, por encima de todo, cuésteme lo que me costare, y cueste lo que costare a los demás: éste es mi deber y es también deber suyo el obedecer.

Lágrimas dulces y tranquilas corrían por las mejillas de la señora de Louergue; pero con una mirada firme contemplaba a su hijo, y un santo orgullo llenaba su alma.

—Hijo mío —le dijo—, te lo repito: te comprendo, te apruebo y te bendigo.

—Y papá ¿qué dirá? ¿Crees tú que consentirá?

—No le digas nada; yo me encargo de ello; si acaso...

La señora se interrumpió: ruido de voces se dejaba oír y Andresito, corriendo a todo correr se echó en los brazos de su madre, pero retrocedió al punto exclamando:

—¡Mamá está llorando!

Y luego se reunió al grupo que se acercaba, para darle la noticia:

—¡Mamá está llorando!

Aquello produjo una gran consternación: la señora de Louergue no prodigaba sus lágrimas: verla llorar era para sus hijos un acontecimiento. Se agruparon todos alrededor de su madre llorosa todavía, que enjugaba rápidamente sus ojos humedecidos:

—¿Qué tienes, amiga mía?

—Mamá, mamá, ¿por qué lloras?

Ella, serena ya, sonreía y procuraba chancearse:

—Las mujeres tienen sus nervios —decía—; es bien visto, es necesario que yo siga la moda.

Pero nadie se dejó engañar: las dos hijas mayores, tomándola por el brazo, la conducían suavemente al castillo, mientras el señor de Louergue, con el rostro severo, decía en voz muy baja a Carlos, con mal reprimido disgusto:

—¡Ahora ya estás contento! ¡Ya has logrado hacer llorar a tu madre con Dios sabe qué majaderías que le has contado!

Carlos miró a su padre con una mirada afligida:

—¡Oh, papá!—dijo sencillamente.

Y el señor de Louergue, comprendiendo que había sido cruel, volvió a decir con más dulzura:

—¡Ea! ¡Vete ahora a hacerla reír!

En la tarde del mismo día, el señor y la señora de Louergue se retiraron a su vez al parque; su conversación fué larga. No terminaron hasta la hora de la comida, en la que el señor de Louergue se presentó con un semblante cual jamás le habían visto sus hijos. Frío, severo, tieso y recto sobre su silla, apenas comió, respondía con monosílabos a las preguntas de sus hijos; y parecía evitar de propósito dirigirse a Carlos, que se esforzaba en vano por alegrar la comida con sus chistes.

El viejo Leandro, que servía a la mesa, puso un plato demasiado bruscamente, y el banquero le apostrofó con una violencia tan desacostumbrada, que el criado, al volver a la cocina, dijo a Justina que "jamás había visto al señor así".

Cuando se levantó de la mesa, el señor de Louergue hizo señas a Carlos para que le siguiese.

Subieron ambos al piso alto; el banquero tenía instalado allí su gabinete, en donde muchas veces trabajaba por las tardes para preparar la tarea del día siguiente. Abrió la puerta con un gesto brusco, hizo entrar a su hijo, le indicó una silla y él se sentó sobre un sofá enfrente de su mesa de trabajo.

Tomando entonces un cortapapel de ébano con mango de plata, hizo un gesto vago y con voz ardiente:

—Veamos —dijo—, ¿qué es todo este negocio?

Y como Carlos, demudado, tardase en responder, repitió:

—¿Qué es lo que hay? ¿Qué es lo que quieres? ¡Responde!

A estas preguntas tan poco precisas y que descubrían la turbación profunda del que las dirigía, el joven se preguntaba qué respuesta debía dar, no sabiendo si su madre le habría hablado, como le había prometido hacerlo.

El señor de Louergue se impacientó:

—¿Qué es eso que has dicho a tu madre? Ella me ha contado... cosas que yo no puedo creer.

Carlos comprendió que ya su padre estaba enterado del asunto y al punto respondió resueltamente:

—Puedes creerlo, papá, porque es verdad; no tengo de qué avergonzarme.

El señor de Louergue estalló:

—¡Jerónimo!, tú, ¡Jerónimo! ¡Mire usted qué hermoso invento! ¿En qué novela has descubierto trama tan interesante? Carlos de Louergue, Jerónimo, y lo que es mejor todavía, misionero, en Africa evidentemente, entre los caníbales. ¡Es encantador, a fe mía, es encantador!

Y al decir esto, lanzó una carcajada sarcástica que terminó en un sollozo apenas disimulado.

Carlos que sufría como un mártir, quiso hablar, pero su padre le interrumpió:

—No, no, déjame hablar; ya que tú has arreglado muy solo tu negocio, lo mejor que puedes concederme es que pueda decirte a mi gusto lo que siento de él. Tu deseo es irracional en el más alto grado y sólo puede tener origen en tu imaginación sobreexcitada, por quién y para qué, lo ignoro, aunque bien me imagino quién es el autor de todo ese hermoso plan. ¡Cualquiera que sea aquí la causa, es muy culpable! Es una injusticia causar a padres como nosotros semejante pena; nosotros no la hemos merecido; ¿cómo quieres, por consiguiente, que la aceptemos? Tienes diez y nueve años; dentro de dos años serás libre; y entonces te irás, si lo quieres; pero eso será a pesar mío y sin mi bendición; ya lo oyes, sin mi bendición.

Calló oprimido por una emoción indecible.

Carlo, con la cabeza baja y los ojos llenos de lágrimas, murmuró:

Papá, yo te obedeceré siempre; jamás he soñado partir sin tu consentimiento; pero yo oraré... espero que Dios te iluminará, te convencerá... Se lo pediré con toda mi alma.

El señor de Louergue miró a su hijo, y al verle delante de sí, sumiso, respetuoso y triste, una gran compasión se apoderó de él:

—Pero, hijo mío —exclamó—, ¿cómo puedes alimentar un deseo tan disparatado? ¿Qué te falta aquí? ¿Te hemos rehusado alguna vez lo que nos pedías? Tu vida es dulce, rodeada de cariño ardiente; serás rico, independiente; llevas un nombre respetado, limpio de mancha. ¿Qué más quieres? Sirve a Dios cuanto quieras, no seré yo quien lo impida; entrégate a las buenas obras, muy bien; pero ¿qué irás a buscar al claustro y a las misiones que no lo puedas encontrar aquí? ¿Buenos ejemplos y bien que hacer...? ¡No, no es posible aceptar eso! ¡Verte partir a ti, a ti, Carlos, a quien amamos tanto!... ¡He trabajado durante tantos años para dejarte rico patrimonio, y te irás abandonando con el desdén el fruto de mi trabajo! ¡Carlos, eso equivaldría a destruir esta morada desde los cimientos hasta la cima! ¡Tú no sabes cuánto te amamos!

—Lo sé, y os amo también mucho, ¡tú lo sabes! Pero más amo a Dios, y no puedes reprenderme por ello.

A su vez, el señor Louergue bajó la cabeza; su alma profundamente cristiana se sentía turbada ante el pensamiento de una lucha contra la voluntad divina; respondió con voz insegura:

—¡Reprenderte por amar a Dios, no, ciertamente! Lo que yo dudo es que Dios verdaderamente te llame.

Carlos hizo ademán de quien triunfa y preguntó vivamente:

—¿Y si estuvieses cierto de ese llamamiento, padre mío?

—Si estuviese cierto...

El señor de Louergue dudó un momento, temiendo pronunciar una palabra que le obligase para el porvenir; pero su conciencia lo forzaba a hablar, y respondió:

—Si estuviese cierto, consentiría... ¿Quién soy yo para luchar contra Dios?

Los ojos del joven brillaron con la luz de la esperanza.

—Yo te lo probaré —dijo con convicción profunda—, o mejor, Dios mismo te lo probará.

Ambos se levantaron y el señor de Louergue puso la mano sobre la cabeza de su hijo:

—Carlos, tú eres un buen muchacho: sabes que al hablarte como lo he hecho, no he escuchado sino la voz de mi cariño; tú bien sabes que te estimo y que te amo...

—Gracias, papá; verás cómo acabaremos por querer ambos lo mismo.

Se despidieron y Carlos se retiró a su cuarto; con una mirada suplicante buscó el crucifijo que brillaba entre la sombra, y sus labios murmuraron una rápida plegaria:

—¡A Vos, Señor, os toca el convencerle: confío en vuestro divino socorro!

V

MAS DIFICULTADES

La amistad que ligaba al señor de Louergue y a Víctor Louverois era muy viva e íntima; no tenían secretos el uno para el otro, y era en ellos costumbre invencible no ocultarse jamás sus pensamientos.

Al día siguiente de su entrevista con Carlos, el banquero, al encontrarse con Louverois en Namur, tuvo al punto el deseo de contarle detalladamente la escena. Procuró, sin embargo, no hacerlo, sabiendo bien de antemano el resultado de su confidencia y con qué violenta animosidad su amigo rechazaría y combatiría las ideas del joven.

Pero Louverois era muy perspicaz; examinando a Louergue con mirada escrutadora, le dijo súbitamente:

—¡Tú tienes algo!

Estaban sentados en una de las oficinas del Banco, en la calle de Ternath, justamente enfrente del colegio de los Jerónimos, y desde allí podían contemplar, mientras hablaban, la elevada y sombría fachada.

A la interpelación de su amigo, el señor de Louergue trató de responder con una chanza:

—Sí—dijo—tengo algo: tengo que pagar 7.500 francos inmediatamente.

Sin embargo, Louverois no era hombre que se contentase con aquel modo de disimular.

—Tienes algo—repitió con insistencia—, algo que te preocupa...

—¿Qué quieres que tenga?—preguntó Louergue con tono algo descompuesto.

—No sé, pero tú vas a decírmelo.

—No tengo nada, no tengo nada, te lo aseguro.

—Me engañas, Marcelo; vamos, explícame lo que te preocupa; bien sabes que al fin acabarás por contármelo.

Louergue vió que su amigo tenía razón, y se decidió, sin gran trabajo, teniendo en su angustia necesidad de confidente:

—Se trata de tu ahijado—dijo.

—Me lo suponía, ya te había advertido hace poco tiempo que se preparaba a jugarte una mala partida. ¿Qué es lo que ha inventado para atormentarte?

—¡Oh!, él procede de buena fe: figúrate que quiere hacerse Jerónimo y misionero...

El rostro duro de Louverois se crispó violentamente; sus ojos lanzaron centellas; no dijo una palabra, pero con el puño cerrado amenazó la sombría muralla de enfrente, como si quisiera derribar el antro donde se había fraguado aquella obra malvada.

Louergue continuó:

—El lo quiere; yo le he amenazado, le he suplicado; pero Carlos es un testarudo, y no he podido obtener nada; con todo, no hará nada contra mi vo-

luntad; me lo ha prometido y estoy seguro de que lo cumplirá.

Louverois miró a su amigo a la cara:

—Prométeme—le dijo—no ceder jamás.

Y como Louergue dudase, insistió casi con violencia:

—¡Prométemelo, te digo!

El banquero no quería, no podía hacer una promesa tan formal, y así respondió:

—Sin embargo, si yo viese sin lugar a duda...

Louverois le interrumpió:

—¿Qué?, ¿qué es lo que podrías ver?... Te faltará energía; cederás; ¡oh!, sí, cederás; pero, te lo juro, ¡esa tontería no se hará jamás!

Y levantándose como si no sintiese lo más mínimo del mundo su reumatismo, tomó su bastón y su sombrero y se lanzó hacia la puerta con un ademán tan agresivo que Louergue temió algún alboroto.

—¿A dónde vas, Louverois?

—¡No muy lejos; ahí enfrente, a echar en cara su hecho a esos ladrones de almas, a esos sobornadores de niños!

—Víctor, no des un escándalo, te lo ruego; ¿he hecho yo acaso tanto ruido?, y, sin embargo, se trata de mi hijo; tú...

—¡Es mi hijo también; tú mismo me lo has dicho cien veces; yo quiero a ese muchacho con todas mis fuerzas y no me lo dejaré quitar, lo verás!

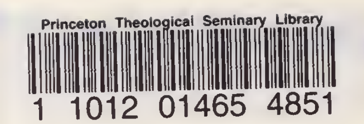
Siguió hacia la calle; Louergue le tomó del brazo para detenerle, pero Louverois se sacudió:

—¡Supongo que no vamos a batirnos —gruñó—; déjame ir!

Y salió, mientras el banquero le suplicaba que se contuviese. Louergue, después de sus inútiles esfuerzos, volvió a sentarse desalentado y ansioso.

(Continuará)


desde que toma
OVOMALTINA


Princeton Theological Seminary Library
1 1012 01465 4851

